

EL SUEÑO DEL EREMITA.

TRADICIÓN NACIONAL.

Allá en las agrias vertientes de una de las más escabrosas montañas que erizan la región oriental de las Asturias, en el seno abrupto de la indomable Cantabria, labró naturaleza con la rugosa mano del tiempo una profunda y espaciosa cueva, cuyo remoto origen fué debido sin duda á alguno de aquellos cataclismos geológicos que conmovieron con sus sacudimientos las entrañas del globo en los periodos primarios de la consolidación de la tierra.

Abierta en el duro centro de una altísima roca, cercada de malezas, coronada de flores salvajes y rodeada de abismos, debieron sus oscuros antros servir de albergue, en épocas antidiluvianas, á alguna de aquellas monstruosas fieras que la ciencia adivina entre las pasadas maravillas de la virgen naturaleza. En sus profundos senos debieron encontrar sepulcro los hombres primitivos, en las remotas edades prehistóricas, y sin duda en sus anchurosos ámbitos debieron guarecerse en los días de gloria y de peligro los invictos cántabros y astures que resistieron el poder de Roma y los feroces Bagandas que tan obstinadamente lucharon contra las razas invasoras del Norte, manteniendo así siempre abierto el campo de batalla, como templo de la libertad y de la independencia patria.

Un caudaloso torrente, nacido de uno de los profundos lagos que se oculta entre los encumbrados picos de los montes, brota de la dura peña, y quebrando sus cristales contra las asperezas

de la roca, despéñase en mugiente catarata que se tiende como blanco y luminoso velo de nevada espuma por delante de la boca de la cueva, hasta recoger sus aguas transparentes en el fondo del valle, donde quietas y reposadas las puras linfas forman remanso, dando ser á un arroyo que, mudado en río, corre y se desliza por la angosta garganta de la sierra, serpea y se dilata por la anchurosa superficie de la vega, hasta anegar su ya plácida corriente allá entre las encrespadas ondas del mar embravecido.

Tal, en el corazón del gigantesco Auseba, en el inaccesible confin del sombrío valle de Cangas, aparece, á través de las impetuosas aguas del torrente, que nacido en el misterioso fondo del lago Orandi da origen al caudaloso Deva, la veneranda *Cova-Donga*.

Era el año 700. La luna, guarnecida de esos celajes blanquecinos que la rodean en las frías noches del invierno en las glaciales regiones del Norte, esparcía su luz clara é indecisa iluminando las vírgenes cumbres de los picos de Europa, región de las eternas nieves, reflejando sus rayos en los agrestes y solitarios lagos que se extienden entre los cerros del Auseba, y rielando su imagen en las ondas del mar adormido entre los escollos y las playas de la costa cantábrica.

Toda la naturaleza dormía. El águila caudal, centinela del alba, descansaba inmóvil en la tajada cresta de la más alta roca de la empinada cordillera, el ligero robezo reposaba en las verdes praderas que visten las faldas de los montes, y hasta el tardo y corpulento oso de los bosques, aletargado ya, se guarecía en el añoso troneo del haya secular, ó bajo la musgosa peña rodada por la mano del tiempo desde la cima de los montes hasta la profundidad de las selvas.

Augusto y majestuoso silencio, en que sólo resuena como llamada armonía el respirar tranquilo de la naturaleza dormida entre los brazos de la noche.

Un ser velaba, sin embargo. En el recóndito seno de la profunda cueva oraba en estético arrobamiento, ante una mística cruz, formada de dos troncos atados, uno de aquellos singularísimos varones que, animados de ardiente amor á Dios, abandonaban los engañosos encantos de este mundo para sumirse en la so-

ledad y la penitencia, trocando el regalado hogar de la familia por una de esas grutas ó cavernas, tumba de sus pasiones, cuna de su libertad y templo de su espíritu.

Alto, demacrado, esbelto, cubierto de un tosco y áspero sayal sujeto con una cuerda á su cintura, de luenga y poblada barba, parecería el genio misterioso de aquel encantado valle, la divinidad mitológica de aquella rústica comarca, á no conocerse claramente que era un solitario y austero anacoreta, un piadoso y penitente eremita.

Una carcomida calavera constituía todo el ajuar del que, alimentándose de la miel silvestre que las abejas libaban en las flores y depositaban en los huecos de las peñas, bebiendo en la límpida corriente de la cascada y alumbrándose con los rayos del sol y de la luna, desconocía todas las comodidades del lujo y de la tierra, viviendo vida de ángeles en aquel solitario paraje, en amoroso coloquio con Dios y con la naturaleza.

Pero por animada y fuerte que la carne se halle, merced al dominio supremo del espíritu enseñoreado de su sierva, rendida ya á la maceración y á la penitencia, al fin es flaca en comparación de su señor, que, apenas dominada la materia y libre, vuela con vuelo raudó y elevado á su bien; y así fué que cuando ya la luna se ocultó llevando tras de sí la blanca luz de sus plateados rayos, sumiendo en densa oscuridad al mar, al valle, á la montaña, la carne mortal se rindió al sueño, y el espíritu acongojado, al ver cerrarse sus prisiones, suspirando un ¡ay! de triste despedida, se retiró doliente á soñar el ensueño místico de su amor soñando con su amado.

Más hé aquí que de lo alto de las empinadas cumbres sopló un viento que estremeció las copas de los árboles y rizó las ondas de los lagos.

Una olorosa y balsámica brisa recorrió los ámbitos del valle, abriéronse las flores dejando escapar sus aromas del seno de sus cálices, entonaron las aves sus cánticos de regocijo, y allá por el Oriente apareció suave y tenue y hermosa claridad resplandeciente.

A la luz de aquella luz de gloria, que como en celestial amanecer de eterno día adunaba á los melancólicos y azulados tintes de la luna los dorados rayos del sol con el purísimo albor de las

auroras, brillaron las bóvedas y paredes de la cueva como cuajadas de fina pedrería, lucieron como brillantes las gotas que sudaba su techumbre. El torrente resplandeció como haz de rayos de luz, reflejándose tanta claridad en los campos como si blanca nevada los cubriera.

Y como si de los divinos conciertos de los ángeles llegasen en acordes ecos las notas celestiales de sus himnos de gloria, una música vaga y armoniosa resonó con suaves melodías por los lúcentes ámbitos de la cueva. Nubes de aromático incienso se desvanecieron en su seno, y ante los mortales ojos del austero eremita apareció aquella Inmaculada Virgen Madre, que los cielos saludan sin cesar con el nombre dulcísimo de María.

Era el eremita piadoso varón, que no por lo retirado del mundo se olvidaba de su patria, antes purificado y aquilatado su afecto, encomendábala á Dios en sus oraciones, ignorante de su acogida en el cielo, por sus efectos en la tierra; y fuese por estas razones, ó porque los inescrutables juicios de Dios sólo á los humildes se revelan, ello es que la aparición celeste, levantando el velo de los sucesos, hizo aparecer á los ojos del austero ermitaño todos los estragos y dolores de que era víctima en sus postrimerías el un tiempo tan ilustre imperio godo. Contrajo, preso de indecible dolor el rostro el ermitaño; corrieron lágrimas de sangre de sus ojos, y, tornándolos con amoroso mirar á la que es Madre de misericordia, esperó su consuelo y su esperanza. Y así fué que, elevando su diestra la virginal María, dijole con acento, por lo armonioso, de otro mundo: «Mira».

Y entonces, como si por medio de prodigiosa fuerza de sobrenaturales efectos, se arrancasen de los futuros horizontes del oriente de la historia los sucesos aun no determinados por el tiempo, el porvenir abrió sus senos, y allá entre los misteriosos designios de la Providencia y las impenetrables determinaciones del libre arbitrio, apareció como lógica resultante á los ojos del solitario adormecido el ignoto mañana de la vida de la nación española, y vió la expiación providencial de la corrupción y del vicio anegados en las ensangrentadas ondas del Guadalete, y adelantarse como las olas del mar á los soldados de Tarick, y caer como nubes de asoladora langosta sobre los campos de la patria á los soldados de Muza, y ébrios de triunfos y victorias

trepar por las quebradas montañas de la cordillera astúrica á las huestes de Alkamak hambrientas de matanza.

Mas ¡oh gloria inmortal! entonces vió también el aguerrido caudillo enarbolar la enseña de la redención del mundo, invocar el nombre de María, y convocar á los invencibles cántabros y astures en los espaciosos ámbitos de la Cova-Donga. ¡Oh día de gloria y de peligro, día de prueba y decisivo en los futuros fastos de la nación hispana!

Pelayo y sus guerreros presentan sus heróicos pechos á lá boca de la cueva, los feroces astures coronan las alturas, y alzando al cielo sus ojos y sus corazones, entonan himnos de esperanza al Dios de los ejércitos y á María Inmaculada.

Las huestes agarenas asoman en confuso tropel: ¿quién podrá contar el número de los combatientes? Asómbranse ante la salvaje majestad de la comarca y ante el feroz aspecto de los guerreros españoles. Pero los cuentan y recobran el ánimo. Divisan la cruz en manos de Pelayo, oyen el nombre de María, y el infierno enardece sus corazones, y los capitanes dan la señal del combate. ¡¡Horrible confusión!! Tiembla la tierra ante el furioso acometer del agareno, nublase el sol tras nubes de dardos y saetas, asórdase el espacio con el estentóreo clamoreo: en vano todo; invocan nuevamente á María los cristianos, y las flechas rebotan contra la dura peña, abre el cielo sus inagotables cataratas, retumban el valle y la montaña con el fragor del trueno de la tempestad desencadenada. Los astures y cántabros despeñan enormes rocas y colosales troncos de árboles sobre los apiñados sitiadores, embarazados por el número, y al fulgor del rayo y al estampido de la tormenta derrúmbase el alto de Cadia enterrando entre sus escombros á la morisma, que tiñe con su sangre al Deva desbordado, en cuya furiosa corriente perecen y se anegan los últimos restos de aquel poderoso ejército, aniquilados por el soplo de Dios al pie de la gloriosa Covadonga, último refugio y primer asilo de la independencia patria, cuna y templo de la Religión y de la libertad de la monarquía española.

Y vió más el austero anacoreta: vió la lucha gigante de nuestra gloriosa reconquista, esa epopeya de titanes; y vió al lábaro ondear triunfante sobre los muros de Granada; y vió atravesar con rumbo ignoto las soledades del Océano, y aparecer, nueva

anadiómena, la América entre la espuma de los mares, y vacilar y caer al coloso de la revolución y de la guerra; y ¿quién sabe si tras de tristes horas de humillación y de vergüenza para el suelo español, no vió lucir esplendoroso y radiante el sol de la libertad y del derecho?.....

Pasaron los siglos, huyeron las edades, desaparecieron las generaciones, se cumplieron las profecías.

Desde lo alto de los cielos vió realizarse en el espacio y en el tiempo, desde la eternidad, lo que como desde la eternidad y desde el cielo había visto en visión sobrenatural é intuitiva el anacoreta penitente desde el tiempo y desde el espacio.

Hoy el olvido cubre con su espeso velo la tumba del pasado: días de luto para la nación española corren amargos, llevando el duelo y la desolación al seno de la madre patria.

Que España vuelva los ojos y el corazón á la gloriosa Covadonga, que, si no verá ya al solitario anacoreta, aun podrá ver sobre los toscos altares de su templo la imagen de María, labrada por el eremita al día siguiente de su ensueño.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Á VUELA PLUMA.

SABER Y SABOR.

Sabio es Fulano de Tal:
Al menos con su aire grave
Y su tono magistral
Para mí es hombre, que sabe,
Porque me sabe muy mal.

EL GOCE ILÍCITO.

Mar que nunca está sereno,
Y agua adentro el viento es tal,
Que si te coge de lleno,
Has de encallar en el cieno,
Ó correr un temporal.

DÓNDE ESTÁ LA FELICIDAD.

Todos en la vecindad
Gimen y lloran sin tino,
Y ¡cosa extraña en verdad!
Dicen que hay felicidad,
Pero en casa del vecino.

JARDÍN DE AMORES.

Es un vergel que promete,
 Mirado á cierta distancia;
 Nos atrae con su fragancia;
 Pero á quien allí se mete
 No le arriendo la ganancia;
 Ó no le pisen tus pies,
 Ó deja el alma á la entrada,
 Si te ha de servir después,
 Ó bien llévala acolchada,
 Y póntela del revés.

DOS FRASES QUE, AUN CUANDO PARECEN CONTRARIAS, MUCHAS VECES

VIENEN Á DECIR LO MISMO.

Sepulta dentro del pecho
 Lo que no debas decir,
 Y, aunque pugne por salir,
 Cállalo, y es lo derecho.
 ¿De qué te sirve encargar
 Gran secreto en tono grave,
 Si entregas á otro la llave
 De lo que debes guardar?
No lo digas á ninguno,
Y puedes decirlo á todos,
 Aunque por opuestos modos
 Todo ello viene á ser uno.

PENAS Y GLORIAS.

—

En el más bello pensil
La rama, que con orgullo
Se alza más fresca y gentil,
Suele dar para un capullo
Cien espinas, si no mil.

¡Pero qué mejor modelo!
Entre sus nombres mayores,
La misma Reina del cielo
Lleva en plural los Dolores,
Y en singular el Consuelo.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

ADICIONES Á HORACIO EN ESPAÑA.

(Continuación.)

Pasemos á los traductores americanos, casi omitidos en mi primer ensayo. Esta sección será completísima, pero el mérito de ella ha de atribuirse, no á mí, sino á mis doctos y bondadosos amigos del Nuevo Mundo, y muy especialmente al colombiano D. Miguel Antonio Caro, rey de nuestros modernos traductores de Virgilio. Para no omitir nada y proceder con método, seguiré el orden geográfico de Norte á Mediodía.

MÉJICO.

a) En la *Colección de poesías mejicanas* (Paris, librería de Rosa, 1833), hay dos traducciones anónimas de Horacio, ambas muy flojas, una del «*O Venus, regina Gnidi Paphique*», (oda 30 del libro I):

Alma Venus, que reinas

En Citeres y en Gnido:

Deja, deja de Chipre

El preciado recinto.....

(Pág. 30.)

En la página 385 se lee otra, aun peor, del *Jam satis terris* (oda 2.^a, lib. I.)

Bastante nieve y bárbaro granizo

Envió Jove á la tierra.

b) En *Horacio en España* (pág. 121), se da ya noticia de la primera edición de las *Poesías* de Pesado. Después he adquirido la segunda (*México, imprenta de I. Cumplido. Año de 1849, 4.º, VI t., 366 págs.*), que contiene muchas más poesías que la primera, entre ellas una nueva traducción de Horacio (oda 4.ª del libro I), «*Solvitur acris*», que tiene la extrañeza de estar en endecasílabos y versos de seis sílabas combinados, forma singularísima en nuestra métrica:

Cesa al impulso de Favonio tierno
 Rígido el invierno,
 Ni el campo cubre cándida la nieve:
 No ya el ganado en el redil se goza:
 El pastor su choza
 Deja, y la nave al piélagos se atreve.

 Hora conviene coronar la frente
 De laurel reciente,
 Ó nuevas flores, con festivo rito:
 Hora inmolar á Fáuno bondadoso
 En el bosque umbroso
 Balante oveja ó retozón cabrito.

El *tenerum Lycida mirabere* está suprimido, y todo el final alterado, conforme á las buenas costumbres.

Con ser tan copiosa esta colección de las poesías de Pesado, aun faltan muchas que luego publicó el autor sueltas, especialmente el poema de *La Revelación* (1856), de que sólo algún fragmento se conocía antes; el poema de *María* (impreso en 1855 en *La Cruz*, revista que dirigía Pesado), algunos Cantos de la *Jerusalem* del Tasso, magistralmente puestos en octavas castellanas; la colección de 24 sonetos descriptivos que tituló *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*; las *Escenas del campo y de la aldea*, que son cuadros de costumbres mejicanas en fáciles y graciosas quintillas; *Los Aztecas*, colección de antiguas poesías indias, imitadas, refundidas ó *inventadas* con mucho primor de estilo por el autor (que puso entre ellas algunos retazos ya conoci-

dos, tales como los célebres y muy sospechosos cantos de Netzahualcoyotl, rey de Tezcuco), muchas composiciones sueltas, religiosas ó amatorias, y algunas traducciones muy felices, por ejemplo, la del *Cinco de Mayo* de Manzoni, y la de la Profecía de Isaías contra Babilonia. Todos estos versos, que quizá sean los mejores de Pesado, y de fijo son los más correctos, andan esparcidos en revistas y periódicos, ó impresos en cuadernos sueltos, imposibles de adquirir en Europa. Pesado, que no sólo fué poeta elegantísimo y clásico, sino apologista católico de orden muy elevado, bien merecía una edición completa y esmerada de sus obras en prosa y verso, tan interesantes y dignas de leerse en España como en Méjico.

Cuantos datos pueden desearse acerca del valer intelectual y moral de Pesado, y de la heróica lucha que sostuvo en *La Cruz* contra las ideas irreligiosas y la anarquía política que han ensangrentado y afrontado aquella Nueva-España, tan semejante en todo á la antigua, hállanse reunidos en la extensa biografía que de él ha publicado en Méjico (1878, imp. de I. Escalante), el docto académico D. José María Roa Bárcena, correligionario, amigo y colaborador de Pesado, y poeta de los que hoy honran más aquella republica.

Aunque parezca increíble, Pesado no figura en *La lira mejicana*, impresa en Madrid, 1879, y ordenada por D. Juan de Dios Peza. Lo cual no obsta para que la Europa culta ponga á Pesado al frente de todos los poetas mejicanos.

c) En las *Poesías de D. José Sebastián Segura*, individuo de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española (Mexico, imprenta de I. Escalante, 1872), se leen las siguientes traducciones de Horacio, desde la pág. 252 á la 255.

Oda 3.^a del libro I. «*Sic te Diva*».

De Chipre así la Diosa,
Los hermanos de Elena, astros lucientes.....

«5.^a libro I: «*Quis multa gracilis*»:

¿Qué esbelto joven, entre las rosas,
Bañado en ricas blandas esencias
En gruta alegre te abraza, Pirra?....

«10, lib. II:» *Recticis vives, Licint.*

Vida más grata alcanzarás, no el ponto
Siempre cruzando; ni al tronar la nube
Cauto temiendo.

Discípulo aventajadísimo de Pesado, Segura se distingue sobre todo en las traducciones, pero no son las de Horacio las más felices. Véncelas con mucho la de algunos cantos de Dante, y la de *la campana* de Schiller. Ha cultivado mucho el exámetro, al modo de D. Juan Gualberto, traduciendo en esta forma la égloga 4.^a de Virgilio.

Segura es ingeniero de minas. Véase su biografía en los *Escritores Mexicanos Contemporáneos* de D. Victoriano Agüeros (México, imprenta de Escalante, 1880), págs. 57 á 63.

d) El Illmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo antes de Tamaulipas y hoy de Linares, conocido en la república de las letras con el pseudónimo arcádico de *Ipandro Acáico*, autor de una excelente versión de los *Breólicos Griegos*, tan conocida y celebrada en Europa como en América, y de otra de Píndaro, ya terminada y próxima á publicarse: insigne helenista, y orador sagrado elocuentísimo, publicó en 1878 un tomo de *Ocios Poéticos* (México, imprenta de Escalante), modelo de nitidez tipográfica, que contiene sus poesías sueltas, así originales como traducidas. En la pág. 237 se lee una graciosa imitación de Horacio (oda 7.^a del libro I. *Laudabunt alii*). El Sr. Montes de Oca, educado en Inglaterra y en Italia, es hombre de sólida y severa instrucción clásica

CENTRO-AMÉRICA.

Bajo este nombre se comprenden las repúblicas de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua y Costa-Rica. La producción literaria en estos países ha sido escasa, y en algunos de ellos nula. La primitiva *América Poética* de Gutiérrez (Valparaíso, 1846) no incluye más poeta de la América Central que el fabulista García Goyena. La de Cortés, publicada en París en 1875, prescin-

de absolutamente de estas cinco repúblicas, y no es este el solo pecado de tan desordenadísima colección.

Para conocer á los poetas guatemaltecos, salvadoreños, etc., hay que recurrir á una edición muy fea y mendosa, que se titula *Galería poética centro-americana, selecta colección de poesías de los mejores poetas de la América del Centro, por Ramón Uriarte. Guatemala, imprenta de la Paz, tomo I, 1873. Tomo II, 1874, 8.º mayor.*

Allí se lee una traducción de la oda 5.^a del libro I de Horacio, *Quis multa gracilis*, hecha por D. José Batres y Montúfar, poeta de Guatemala:

¿Quién es, oh Pirra, el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores,
En la gruta del vergel?
¿A quién con nardos y rosas
Unges el blando cuello?
¿En qué nueva faz el sello
Del ardiente labio posas?

Es elegante, aunque muy desleída y parafrástica. Batres (nacido en 1809, muerto en 1844), se distinguió sin rival en el cuento alegre y en la narración joco-seria. De él me escribía el Sr. Caro: «Es un copioso caudal de chiste espontáneo, en una versificación incomparable. Estas dotes literarias están oscurecidas por la indecorosa licencia que reina en sus dos cuentos ó leyendas.»

e) De otro poeta guatemalteco D. Juan José Micheo (nacido en 1847, muerto en 1869), discípulo de los Jesuitas, incluye la *Galería poética centro-americana* dos traducciones de Horacio, harto inferiores á las de Batres: Son de la oda 24, del libro I. «*Quis desiderio.*»

¿Cómo poner moderación al llanto
En ausencia tan larga y tan sentida
Y término al quebranto,
Cuando Quintilio duerme ya sin vida.....

y de la oda 21. «*Poscimus, si quid.*»

Lira sonora, con quien pude un día
De ameno prado en la quietud contento
Al fresco viento, reposar tranquilo

Plácidas horas.....

Vén á mis manos, y en cadentes ritmos
Haz que mi canto se remonte al cielo,
Y acá en el suelo que inmortales sean

Haz sus acordes.

Tú que pulsada con ardiente numen
Fuiste en un tiempo de feliz memoria,
Cuando de gloria coronó tu frente

Lésbico cisne.

Ora blandiendo su funesto acero,
Ó bien atando la deshecha nave,
En tono suave á las divinas Musas

Tierno cantaba,

Y á Baco leve, á la Ciprina Diosa,
Al niño ciego, juguetero, alado;
Y al celebrado por sus negros ojos

Lico el apuesto.

Tú en el banquete del Tonante Jove,
Prez y delicia del celeste Apolo,
Alivio sólo á mi penar dispensa,

Siempre propicia.

VENEZUELA.

a) Omisión grave en mi libro de *Horacio* fué la del patriarca de la literatura americana, Andrés Bello, poeta descriptivo sin rival en el Nuevo Mundo, y quizá en la literatura española, filólogo y gramático insigne, jurisconsulto y legislador, y honra eterna de Caracas.

En la bibliografía horaciana debe figurar por una bella imitación de la oda «*Oh navis, referent in mare te novi*», ensayo de

su juventud, en el estilo y en el metro de las *barquillas* de Lope de Vega:

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? ¡Torna,
Torna, atrevida nave,
Á la nativa costa!

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya á correr fortuna,
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de Sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombras.

De flámulas de seda
La presumida pompa,
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina *alcoba*.

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante prora:

Y ya, padrón infausto,
 Que al navegante asombra,
 En un desnudo escollo
 Está cubierta de ovas.

¿Qué? ¿No me oyes? ¿El rumbo
 No tuerces? Orgullosa
 Descoges nuevas vélas,
 Y sin pavor te engolfas.

¿No ves, oh malhadada,
 Que ya el cielo se entolda
 Y las nubes bramando,
 Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
 Que hinchada se alborota,
 Ni el vendabal te asusta
 Que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
 De mi inquietud ansiosa;
 Vuelve á la amiga playa,
 Antes que el sol se esconda.

Todo esto no es ciertamente estilo horaciano, ni tiene nada de la áspera concisión del original, pero sí mucho sabor castellano de los buenos tiempos, mucha soltura melódica, y mucho de la lozanía, desembarazo, frescura y garbo de Lope, hasta con sus rasgos audaces y de dudoso gusto, con las *náufragas reliquias* y la *cristalina alcoba*.

Se publicó por primera vez (que sepamos) esta oda en el *Juicio crítico (sic) de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, obra premiada en el certamen abierto por la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859. Santiago (de Chile), imprenta del ferrocarril, 1861, pág. 185.* Y se reprodujo luego en la *Biblioteca de escritores venezolanos* de Rojas; en la edición de las *Poesías* de Bello, publicada en París; 1870 (por Rosa y Bouret), y en otra, no menos incorrecta y rica de erratas, que después se ha hecho en Nueva-York. En la de París ocupa las págs. 137 á 140.

Bello publicó además en el *Repertorio Americano* (Londres,

Bossange, Barthés y Lowell, 1827, tomo III), un artículo muy importante, y doctísimo como suyo, sobre el *Horacio* de Burgos. No es esto decir que yo aplauda sus juicios; al contrario, los encuentro severos, y en más de una ocasión, injustos. Cuando yo llegue á reimprimir *Horacio en España*, he de discutir ámpliamente las opiniones de Bello. Hace justicia plena al mérito de Burgos, como comentador y crítico, pero le escatima toda alabanza como poeta. No le agradan ni el estilo, ni la versificación, ni los metros. Llama *la más bella de sus traducciones* á una de las más insignificantes, la de *Oh Lydia, Telephi*, y se encarniza con otra de las más débiles, la del *Æquam memento*. Bien hubiera hecho, sin embargo, Burgos (que tantas correcciones introdujo, no siempre felices, en la segunda edición), en enmendar esta oda y otros pasajes conforme á los consejos de Bello. Se conoce que este prefería las insuperables traducciones de Moratín. Pero ¿qué traducción de Horacio, aunque el mismo Moratín la hubiera hecho toda, dejará de ser una *imperfectísima representación del original*, como dice Bello de la de Burgos? Aplaudamos las dotes poéticas que cada intérprete ha mostrado; y fija la mente en aquel ideal de perfección poética, al cual ninguno de sus traductores ha de acercarse, consideremos cada rasgo feliz de estos como un nuevo paso en tal difícil camino, ya que es privilegio de Horacio no poder ser nunca exactamente traducido, y dar, con todo eso gloria envidiable á algunos de sus traductores. Burgos es de los nuestros, quien más tiene de esos aciertos, y con ellos bastante para que su libro viva y desafíe los rigores de la crítica más ceñuda.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

(Se continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

La quincena que acaba de transcurrir ha sido especialmente consagrada á los discursos políticos. Discurso del Presidente del Consejo de ministros ante la mayoría del Congreso reunido *ad hoc* en el local de costumbre; discurso del Sr. Posada Herrera ante el mismo concurso, en el mismo sitio y con el mismo objeto; discurso otra vez del Presidente del Consejo de ministros ante la mayoría del Senado congregada al efecto en los mismos salones de la calle del Alcalá; discurso del general Concha á la misma concurrencia con idéntico fin, y por último, discurso de la Corona.

Este repique general de lenguas autorizadas ha anunciado al mundo que las Cortes quedan abiertas; esto es, que la soberanía nacional ha vuelto de nuevo al doble ejercicio de sus funciones por los medios bien conocidos del Congreso y del Senado. Así, manco temporalmente el sistema por la interrupción del Parlamento, vuelve á entrar en las condiciones propias de su organismo, distinguiendo con marcada separación los dos elementos fundamentales de la máquina constitucional ó parlamentaria, puesto uno aquí y otro allí, que han de mirarse naturalmente de reojo, aunque no sea más que por razón del oficio, y que son: el soberano y la soberanía.

Donde quiera que rija y se practique el principio liberal doctrinario de que el Rey reina y no gobierna, los discursos de las Coronas no serán más que documentos de mera perspectiva, pacotilla averiada de lugares comunes, exposición de esperanzas nunca realizadas, y de promesas jamás cumplidas; reseña, á ojo de buen cubero, de prosperidades imaginadas, y ocultación sistemática de todas las desventuras. Documento solemnemente insignificante, en el que un Ministerio cualquiera se da á sí mismo el parabién de encontrarse en los cuernos de la luna. En una palabra, es cualquier Gobierno que, *vellis nollis*, se esconda detrás del poder, digámoslo así, irresponsable, para hablar por boca de Monarca.

El que ha servido, como de llave maestra, para abrir las presentes Cortes, no desmerece nada de los documentos de su especie, antes

bien perfecciona el género, tanto en lo hueco de los conceptos como en la vulgar monotonía del estilo.

Si en lo sustancial del discurso pronunciado por Mr. Gambetta en Nenbourg hubiese verdadera originalidad, podríamos decir que el discurso de la Corona era simplemente un plagio, porque en uno y en otro se viene á decir la misma cosa. Todo se hará; llegaremos á las últimas consecuencias de nuestros principios; con el concurso de todos los partidos acabaremos de minar los fundamentos del Estado, y terminaremos la obra de la disolución social; pero sin prisa, poco á poco, pacíficamente, sin revueltas ni pronunciamientos, que ya son innecesarios; en cambio, con premeditación, ensañamiento y sobre seguro. Eso fué todo lo que dijo Gambetta en Nenbourg, eso es lo que ha venido á decir Sagasta en el discurso de la Corona; mas eso lo han dicho siempre todas las asonadas victoriosas y todos los trastornos triunfantes.

En este punto el discurso regio es bastante explícito. En el fondo de las vaguedades en que se envuelve la política del Gobierno, bajo la hojarasca de la fraseología propia del caso, se siente la dureza de estos términos, como se siente la dureza del hueso al través de la carne: «Ahí se os entrega la sociedad para que acabéis de despedazarla con la autopsia de todos vuestros delirios revolucionarios, pero en cambio dejad la monarquía como mera forma externa del Estado. Si tenéis el cetro, ¿qué falta os hace la Corona?» Y hénos aquí, poco más ó menos, como el famoso alcalde de Alcoy, que en 1855 iba delante del motín para evitar desórdenes.

En realidad, nunca los partidos revolucionarios han oído en boca de los altos poderes discurso más lisonjero. Después de leído ocurre preguntar: ¿Quiénes son los cortesanos?—¿Dónde están las antesalas?

Así se han abierto las presentes Cortes.

Dejemos en el silencio del olvido los discursos del Presidente del Consejo de ministros en las respectivas reuniones preparatorias de una y otra Cámara, porque nada absolutamente contienen que merezca los honores de la historia. No acontece lo mismo con las peroraciones del Sr. Posada Herrera y del general Concha, respectivamente Presidentes del Congreso y del Senado. El primero ha descubierto el secreto de la aritmética parlamentaria, haciendo entender á la concurrencia adicta que no es más que una agregación de ceros, que ha de dar valor á la unidad Sagasta, *jefe espiritual*, pontífice máximo, alma de la carne constitucional, en una palabra, grande oriente de las logias triunfantes. Nada de independencia, nada de juicio propio,

nada de conciencia íntima, porque la única virtud de las mayorías (textual) es votar con el Gobierno; pues la última conclusión de este anciano terrible de la demagogia gubernamental, consiste en que para ser perfectamente liberales, hay que acabar por ser completamente serviles. En honor de la verdad, eso se ha hecho siempre, mas también es cierto que tan descaradamente como ahora no se ha dicho nunca.

Su última convicción, como si dijéramos, su última cábala en el juego de los poderes públicos se funda en la legitimidad por una parte, y en la soberanía nacional por otra; es decir, el derecho hereditario en la Corona, y el derecho en el Parlamento de tirar el trono por la ventana en uso de la suprema soberanía que representa. El ilustre jurisconsulto, Presidente á la sazón del Consejo de Estado, se ha permitido olvidar que no hay derecho contra derecho. Mas como quiera que la soberanía nacional representada por las mayorías de las Cortes no han de tener más conciencia, más voluntad ni más acción que aquellas que les inspire, ordene y mande el Presidente del Consejo de ministros, sacamos por última consecuencia liberal dinástica que aquí, en estos momentos, no hay más soberano que Sagasta.

El general Concha salió pitando por otro registro, y llamó la atención hacia un fenómeno psicológico político, digno ciertamente de tenerse en cuenta. Acontece que el ejército se halla reducido á la tercera parte de su fuerza permanente, y sin embargo, el orden material, políticamente hablando, permanece inalterable. No hay ejército, y vivimos en una paz octaviana: licenciada la fuerza pública, queda asegurado el orden interior del reino, como si esa fuerza encargada de mantenerlo fuese un inconveniente para el orden mismo. Mas no se trata de eso, se trata de que es tal el prestigio del actual Ministerio, que basta por sí solo para contener á los eternos enemigos del sosiego público. Luego el Gobierno tenía en su mano á los revoltosos. ¿Qué ha hecho con ellos? ¿Con qué, como vulgarmente se dice, les ha tapado la boca? Por de pronto, el fenómeno es patente. ¿A qué agitarse por alcanzar lo que se viene á las manos? Después ya lo veremos; pero entre tanto el ejército es innecesario, y si nos apresuramos á llamar la recluta de la última quinta, es por puro lujo. A la experiencia militar del general Concha, último ministro de la Reina Isabel, se le debe ese descubrimiento.

Apenas se han abierto las Cortes, cuando ha aparecido como una sombra la cuestión del juramento. No hay para qué ocultarlo, la doctrina liberal proclamada por el Gobierno no consiente, ni religiosa ni

políticamente, la práctica de esa fórmula, después de todo, inútil: religiosamente, es una profanación; políticamente, es un perjurio. En el Congreso se ha dicho: «Ó abolís el juramento, ó seremos una raza proscrita, condenada á trabajar en la sombra, á forjar el rayo con que se abrasan los tronos».

Desde el momento en que se acoge con satisfacción la presencia en el Congreso de los partidos contrarios al régimen monárquico, que no reconocen derecho ninguno en el Monarca, y que sólo lo aceptan como un hecho interino, como un compás de espera en la eterna sinfonía del progreso, no hay, cuando menos, congruencia en exigirles el compromiso moral de un juramento en favor de instituciones, que con derecho reconocido y proclamado por el Gobierno mismo vienen á destruir, y esto es lo convenido, pacíficamente.

No se pide la abolición del juramento sólo en nombre de un escrúpulo moral y político, porque hasta ahora esos escrúpulos han guardado cierto respetuoso silencio; se pide más bien en nombre de un feudo conquistado, como el derecho de pernada del pueblo soberano sobre la Corona. Lo que realmente se ventila en este litigio es si el Monarca ha de ser resueltamente el súbdito de los súbditos congregados para hacer las leyes; en una palabra, de lo que se trata es de humillar á la monarquía en prestigio de la revolución. Así debe entenderse este primer encuentro de la lucha trabada entre el principio dinástico y el principio revolucionario. En cuanto se declare, en homenaje rendido á la soberanía nacional, que los representantes de la nación no tienen para qué jurar adhesión alguna al Jefe supremo del Estado, queda *ipso facto* establecido que ningún ciudadano debe fidelidad al Monarca.

Colocado el Gobierno entre ambas soberanías, irresponsable la una por derecho otorgado, é irresponsable la otra por derecho propio, su situación ha de ser cada día más difícil. Parece que la cualidad de consejeros irresponsables obliga á los ministros á sostener los fueros del Monarca, porque otra cosa sería un abuso de confianza; entendámonos, de la confianza de la Corona; mas resulta, que procedentes, cuál más, cuál menos, de más allá ó de más acá, de la revolución de Setiembre, los actuales ministros se encuentran ligados por sus principios, por sus antecedentes, por sus compromisos, y por solemnes promesas á realizar el *desideratum* del monarquismo revolucionario, á saber: *la menor cantidad de Rey posible*. La alternativa que el caso nos ofrece viene á ser esta: Ó se somete la soberanía demagógica triunfante á la soberanía irresponsable de la Corona, ó se condena á la monarquía al papel de simple pretendiente en las antecámaras de la república.

Hasta ahora, el Gobierno citado perentoriamente á juicio en la primera sesión del Congreso, se ha defendido escondiéndose detrás de una formalidad reglamentaria, y si bien no ha negado la deuda, tampoco ha dicho que piensa pagarla. Tal es el nudo gordiano en que se en-

cuentra enredada la política liberal dinástica, y el caso es que no tiene dedos para deshacerlo ni espada para cortarlo.

* * *

A pesar del parabién con que el Ministerio se felicita en el discurso de la Corona por el satisfactorio resultado de las negociaciones diplomáticas entabladas con la república francesa con motivo de la sangrienta catástrofe de Saida: la verdad del resultado satisfactorio continúa siendo un misterio poco lisonjero, y sus noticias extraoficiales no muy tranquilizadoras. El peligro de un conflicto se halla, á lo que parece, diplomáticamente orillado, pero las condiciones de la avenencia son las que generalmente inspiran recelos de que haya habido por parte de nuestro gobierno deplorables condescendencias.

Las últimas noticias nos llegan de París; las trae el telégrafo oficialmente, pero sin duda oficialmente inspiradas. De ellas resulta que el Ministerio Ferry ha rechazado siempre toda idea de indemnización, y que sólo ha convenido en un resarcimiento con la condición de que el gobierno español resarcirá á su vez á los súbditos franceses perjudicados en las guerras civiles de España y Cuba. ¿Qué trajo, pues, aquí de París el Sr. Arellano? Pues trajo una conversación muy cordial y muy amistosa, y de muchos cumplimientos tenida entre Monsieur Choiseul y el Duque de Fernán-Núñez, ni más ni menos.

Aquí ocurre una de dos cosas: ó el gobierno de la república francesa está engañando á su nación, lo cual no es inverosímil, ó el gobierno español nos da gato por liebre, lo cual no es imposible. Mas no hay que perderse en el laberinto de vanas conjeturas: la cuestión está resuelta. ¿Cómo? Por medio de mutuos resarcimientos.

A la entrevista en Zandik de los Emperadores de Alemania y Rusia sucederá inmediatamente otra entre el segundo de dichos Emperadores y el de Austria. La alianza por consiguiente de las tres potencias más fuertes de Europa es un hecho consumado: sus consecuencias no pueden ser un misterio, y los efectos no han de tardar mucho tiempo en dejarse sentir en los futuros sucesos de la política europea. La consistencia de esa alianza debe buscarse principalmente en el peligro común con que la revolución extrema amenaza á los tres imperios, pues también en Austria el partido nacional alemán, llamado así por sus propios autores, empieza á asomar la cabeza y tiende á la dislocación del imperio.

Las pretensiones de Italia á entrar en el concierto de los Emperadores han sido desechadas. No podía suceder otra cosa; la monarquía italiana representa la revolución en sus más desastrosas tendencias de impiedad y desorden social, al paso que la alianza austro-alemana representa la resistencia al desbordamiento demagógico. ¿Qué papel podía representar el Estado de Italia entre los tres Emperadores? ¿El de aliado de la reacción ó el de espía de la revolución? Por otra parte, por más leales que fuesen sus propósitos, ¿qué confianza puede inspirar un gobierno sin fuerza, sin prestigio y sin voluntad para contener los escandalosos desórdenes de su propia casa? Y en realidad, ¿qué móviles le han impulsado á solicitar un puesto en la unión de las tres grandes potencias? Dos principalmente: su ojeriza á Francia por lo de Túnez, su miedo á Austria por lo de siempre.

Mas no solamente se le ha negado el pase á su solicitud, sino que además el gobierno alemán ha enviado un representante cerca de la Santa Sede, y ha bastado la presencia en Roma del Sr. Schower para que se calme el furor de las logias contra la ley de garantías, y se apesure el gobierno italiano á dar seguridades diplomáticas, como si pudiese ocultar á los ojos de Europa su culpable complicidad ó su vergonzosa impotencia. A la paz de la Iglesia católica con Alemania ha de seguirse el acuerdo y concierto con Rusia, ya planteado entre el gobierno del Czar y el gobierno pontificio. La revolución impía triunfante en todos los Estados de Occidente se ve seriamente amenazada por los Estados del Norte.

* * *

A nuevo Parlamento nuevo Ministerio. Mr. Gambetta está ya impaciente por tomar las riendas del gobierno, pero hay que esperar á que se reunan las Cámaras, y esto no acontecerá hasta entrado Octubre. Gambetta será el Presidente del próximo Ministerio. De oráculo misterioso de la república va á pasar á ser simple mortal. El inspirador de todos los atentados contra la Iglesia, el perseguidor de la enseñanza religiosa y de las comunidades católicas va á encontrarse frente á frente de los radicales, que le piden la separación de la Iglesia y del Estado y la abolición del presupuesto de cultos; y en este punto ha dejado entender que mantendrá el Concordato; no se atreve á romper con el Vaticano cuando Alemania envía un Ministro cerca de la Santa Sede. No ha de pasarse mucho tiempo sin que oigamos que se le acusa de clerical. A Gambetta, que no ha subido todavía al Poder ejecutivo, le veremos caer por reaccionario.

De Africa no tenemos en esta quincena ninguna noticia favorable á las armas de la república que dar en la presente crónica, antes, por

el contrario, las dificultades aumentan, y la prisa con que se envían refuerzos, urgentemente pedidos, advierten que el gobierno francés empieza á conocer el mal paso en que se ha metido. El envío de tropas á Trípoli por la Gran Puerta complica más la situación de los franceses en la Argelia. Se ha dicho que el Africa empezaba en los Pirineos, puede ser muy bien que la república francesa acabe en Africa.

* *

Dijimos en una de las anteriores crónicas que el acuerdo entre las Cámaras inglesas acerca de ciertos puntos de la ley agraria resolvía el conflicto ministerial, pero que de ningún modo atenuaba la gravedad de la situación de Irlanda, que cada vez se presenta más pavorosa para Inglaterra. Reunida en Dublín una especie de Convención nacional con asistencia de 1.400 delegados de las secciones en que se divide la liga agraria, Irlanda no se detiene ya en rechazar las leyes actuales sobre la propiedad, sino que descubre su pensamiento: quiere completa independencia, esto es, su separación de Inglaterra.

Es claro que Inglaterra no cederá jamás á esa pretensión, y aunque todas las probabilidades del triunfo están de parte de ésta, nadie se atreverá á predecir cuál sea la solución de tan oscuro problema. La prensa inglesa no oculta los peligros que amenazan á la Gran Bretaña.

* *

El pronunciamiento militar del Cairo no ha producido hasta hoy más que el cambio del Ministerio, y la humillación natural del khedive y cierta expectación en los gobiernos de Europa. Cherif-bajá, temeroso de lo porvenir, hace esfuerzos por remediar lo que parece irremediable. Lo cierto es que si el khedive hubiese tenido licenciado el ejército, Egipto sería á estas horas una balsa de aceite. Hay ejemplos, precisamente en estos momentos.

* *

Cerremos esta crónica con el acontecimiento que pone fin á todas las cosas de este mundo, con la muerte; con la muerte del Presidente de la república de los Estados Unidos. El día de la muerte dicen que es el día de las alabanzas, pero aquí hay que decir que Mr. Garfield es digno de ellas. Elevado por sus propias cualidades desde la mayor humildad de la cuna al más alto puesto del Estado, ha muerto rodeado de legítimas simpatías. El crimen que ha puesto fin á su vida lo hace más interesante, pero ha sido amante de su patria y firme guardador de sus leyes, y un buen ciudadano ha valido siempre más que un mal rey, porque bien sabemos que los reyes que menos valen son los que más caros se pagan.

J. SELGAS

MISCELÁNEA.

Ibamos á dar cumplida respuesta á una carta que por casualidad hemos leído en cierto periódico que ve la luz pública en esta corte, en la cual carta se nos acusa, así como quien no dice nada, de haber injuriado al Clero desde las páginas de esta REVISTA, de haber dicho no sabemos qué tonterías, y de otra porción de lindezas por el estilo. Como ya nos vamos cansando de ser prudentes y de contestar con el silencio á ciertos ataques, habíamos dejado correr la pluma y escrito la respuesta que merecía el Sr. D. J. L., firmante de la carta en cuestión. Mas al recordar el carácter de que se halla investido el Sr. Don J. de L., optamos por nuestro antiguo sistema de no decir nada. Cúmplenos, sin embargo, advertir respetuosamente al Sr. D. J. de L. que cuando vuelva, si por acaso vuelve, á dispensarnos la honra de mentar nuestro humilde nombre, no lo haga con el desenfado con que lo hizo ahora, y que procure en cambio ser más prudente, más discreto y más caritativo al juzgar los actos del prójimo.

A los desdichados escritorzuelos que á la continua ponen en tortura su entendimiento con el fin de zaherir y motejar á nuestro Clero, á quien llaman con cinismo sin igual, atrasado é ignorante, les hubiéramos querido ver anoche delante de un ilustre literato alemán, que ha asistido á las sesiones del Congreso americanista, el cual literato se deshacía en elogios hablando de algunos de nuestros compatriotas que han intervenido en las tareas del Congreso, y de un modo especial y singularísimo, con entusiasmo verdadero, del sabio P. Fita, ornamento de la Compañía de Jesús. Que el P. Fita haya rayado en el Congreso á tan grande altura, claro está que no nos sorprende, porque de antiguo le conocemos; pero hemos de confesar que oíamos con verdadero regocijo hablar de él en los términos que lo hacía el citado literato; quien, dicho sea de pasada, no tiene mucha devoción, que digamos, á los hijos de San Ignacio de Loyola.

COLEGIO CICERONIANO.

Este nombre lleva el antiguo centro de instrucción establecido en esta corte, de cuya dirección se ha encargado recientemente nuestro muy querido amigo el Sr. D. José María Bris, que á su larga práctica en la enseñanza reúne grandes condiciones de piedad y de ciencia para estar al frente de un establecimiento de enseñanza de esta clase. Es el Sr. Bris dignísimo Secretario de la sección de propaganda de la Unión

Católica, y ha sido además en diversas ocasiones individuo de la Junta directiva de la Juventud Católica.

El nuevo director del *Ciceroniano* ha mostrado exquisito tacto al escoger los profesores que con él han de compartir las tareas del Colegio, puesto que entre aquellos se cuentan jóvenes tan distinguidos y adiestrados en la enseñanza como los Sres. D. Alberto Pastor y D. José María Valderrama.

Ahora sólo añadiremos que en el Colegio Ciceroniano se admiten internos, medio pensionistas y externos. Explicaránse en él la primera y segunda enseñanza completas, y abrirán las clases de francés, inglés, alemán, dibujo y música.

La enseñanza será sólida y bien cimentada, y la educación sinceramente religiosa y cristiana. Además de la constante intervención que de derecho corresponde al señor Cura párroco (el cual desea vivamente el crecimiento del Colegio), se darán clases de Religión gratuitas y obligatorias para todos, y el Padre espiritual dispondrá lo que crea conveniente en cuanto á los actos religiosos en que deban tomar parte los alumnos.

Este Colegio está establecido en la calle de Esparteros, número 9, en local amplio, higiénico y bien dispuesto.

La matrícula para los alumnos de segunda enseñanza está abierta hasta el día 30 de este mes.

Excusamos decir que recomendamos con grandísimo gusto el Colegio Ciceroniano, de que es director y propietario un amigo tan querido como el Sr. Bris.

Nuestro buen amigo el Sr. D. Hipólito Casas, digno catedrático de Retórica en el Instituto de León, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de su opúsculo sobre *Calderón de la Barca*. Es una bien escrita biografía y un atinado juicio el que del gran poeta acertó á componer nuestro amigo. Nos explicamos que el trabajo en que nos ocupamos haya sido premiado por la *Sociedad Económica de Amigos del País de León*.

La Academia general y pensión de Santo Tomás de Aquino, de cuya fundación dimos cuenta con elogio á nuestros suscritores hace ya tiempo, acaba de establecerse en un vasto y excelente local de la casa número 2 de la calle de la Misericordia, esquina á la plaza de las Descalzas Reales.

Hemos tenido el gusto de visitar esta nueva Academia católica, y hemos de decir, en honor de la verdad, que no podemos encomiar bastante las condiciones inmejorables en que se halla establecida. Cátedras espaciosas y cómodas, dormitorios higiénicos y elegantemente amueblados, comedor y salas de estudio y de recreo, que reúnen todas las comodidades apetecibles.

Nos holgaremos mucho de que prospere esta Academia.

DE LA FUNDACIÓN

DE UNA ACADEMIA DE FILOSOFÍA ESPAÑOLA, COMO MEDIO
DE PONER ARMONÍA EN NUESTRA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

I.

Aunque en España abundaban antiguamente, tanto ó quizá más que en el día, los establecimientos de enseñanza, no teníamos, propiamente hablando, lo que hoy llamamos *Instrucción pública*, así como tampoco existía verdadera *Administración*, puesto que fuesen muchas en número las oficinas y corporaciones administrativas; porque lo mismo estas que aquellos, más bien que partes de un conjunto sistemático, eran entidades sueltas, organismos independientes, dotados de formas propias y regidos por leyes y costumbres especiales. Fácilmente se explica semejante desligamiento, si consideramos el estado social y político de la edad media, en que, á la panteística unidad romana, sucediera la confusa variedad latino-germánica, de cuyas agitadas entrañas íbase desprendiendo paulatinamente una civilización más rica y perfecta que las anteriores, vivificada por el espíritu cosmopolita del Catolicismo, que, obrando con divina energía en medio de aquella extremada descentralización externa, engendraba una interior centralización natural y espontánea á la cual, consciente ó inconscientemente, obedecían todas las fuerzas vivas de la sociedad y á la cabeza de ellas las institu-

ciones docentes. Así, bajo el desorden y multiplicidad de los fenómenos, se ocultaban la unidad y armonía de las ideas.

Al rayar la aurora de los tiempos modernos, abatido el feudalismo, robustecida la monarquía, vencido el Islam, descubierta la América, armada la inteligencia humana con la imprenta, la brújula y otros grandes inventos, concentradores del tiempo y del espacio, todo parecía augurar cercano el completo desarrollo y manifestación objetiva de aquel ideal arquetípico, latente en el fondo de los siglos medios, como germen perenne de vida para la humanidad, bajo las alas de la Iglesia Católica; mas la aparición del protestantismo, trastornando radicalmente el modo de ser, pensar y sentir de la mayor parte de los pueblos, rompió el magnífico concierto de la Cristiandad, torció el curso de la civilización europea, y abrió, entre la fe y la razón, entre la autoridad y la libertad, entre el mediodía y el septentrión, abismos profundísimos que aun no han sido cerrados, aunque á cerrarlos tiende el gran movimiento *retrógradamente progresivo*, ocasionado, no producido, por la primera revolución francesa, sangriento epílogo de las tres centurias precedentes.

Por fuerza habían de resentirse nuestras escuelas de los efectos de la erupción protestante que pusiera en armas á toda Europa; pero gracias á lo arraigado que estaba aquí el principio católico, á la mayor ilustración del pueblo español, á la prolongada guerra religiosa que sostuviéramos contra los moros y á la política inflexible de Felipe II, no fué en sentido directo, sino inverso; de suerte que, lejos de admitir en su seno la anarquía doctrinal del Norte, llevaron la tendencia unitaria á la mayor exageración, sujetando todas las ciencias á la inmutabilidad de la teología; extremo pernicioso, en verdad, pero incomparablemente mejor que el opuesto, esencialmente retrógrado, aunque progresivo en apariencia, para cuantos creemos que la unidad es el fundamento absoluto del ser y del cono-

cer. ¿Vemos qué á esta interna concentración correspondiese un cambio análogo en la organización extrínseca de las escuelas españolas? Nada de eso. La fuerza centripeta que en los siglos XV y XVI movía ideas é instituciones, leyes y costumbres, ligando y armonizando provincias con provincias, códigos con códigos, dialectos con dialectos, universidades con universidades, en el siglo XVII cesa ó, mejor dicho, se convierte en centrífuga. El principio de unidad, acometido de frente por lo que antifrásicamente llamamos *la Reforma*, en vez de continuar desenvolviéndose *ad extra*, se repliega en sí mismo, para defender, no ya sus anteriores conquistas, sino su propia amenazada existencia; en vez de seguir invadiendo la esfera de las realidades históricas, se encierra en la de las ideas, como semilla eternamente viva, destinada á germinar en lo futuro más vigorosa y brillante que nunca. Solo así se comprende cómo entonces pudieron hermanarse entre nosotros el absolutismo político y la anarquía administrativa, la intolerancia científica y el libertinaje artístico, la aridez escolástica y la gongorina pampanosidad, los rigores de la inquisición y las licencias del teatro y de la novela.

¡Cuán diverso aspecto toman las cosas en el siglo XVIII, convertido ya el protestantismo por una evolución lógica y necesaria, dados sus principios, en naturalismo en el orden religioso, en escepticismo en el orden intelectual, y en cesarismo en el orden político y social, y venido á España, bajo todas estas formas, bien que paulatina, sutil y embozadamente con la guerra de sucesión y el consecutivo entronizamiento de la dinastía borbónica! El poder espiritual empieza á perder terreno, y el temporal á ganarle en igual proporción; los intereses morales van cediendo el puesto á los materiales; la unidad doctrinal de la enseñanza se debilita por grados y al mismo compás crece y se ensancha la administrativa; la descentralización que

antes solo estaba en la superficie, penetra en el fondo; por el contrario, la centralización interior se exterioriza, si así podemos expresarnos. Semejante revolución, provocada á la verdad por el exceso contrario, era justa en su primer período y conveniente para la Instrucción pública; pues iba estableciendo el debido equilibrio entre la fuerza de presión y la de expansión, entre el elemento ontológico y psicológico, á fin de que, nuestras instituciones pedagógicas funcionasen armónicamente; pero dejó de serlo desde el punto en que la variedad quiso sobreponerse á la unidad, y de accidente transformarse en sustancia, y de materia en espíritu, renaciendo con esta subversión de las leyes naturales el antiguo desequilibrio, aunque en condiciones diametralmente opuestas.

Nuestro siglo, á pesar del cambio profundo que han experimentado las opiniones filosóficas, á pesar del ningún crédito que el sensualismo alcanza entre los doctos, no ha hecho en esta parte otra cosa que continuar la obra del siglo XVIII y consumarla. Los modernos institutores de la Instrucción pública en España, sin pensarlo tal vez y sin quererlo, han rendido tributo al espíritu mezquino de Locke y Condillac, que, expulsado de la república científica y de la conciencia de los pueblos, sigue ejerciendo, no obstante, muy perniciosa influencia en el orden práctico; por donde sucede que actualmente, á la sombra de una exagerada centralización administrativa, reina la más completa anarquía, así en la índole y distribución de los estudios, como en la organización y encadenamiento de los diferentes grados de la enseñanza: hay unidad sin variedad, y variedad sin unidad: falta la armonía que estriba en la coexistencia de ellas cuando se engendran y vivifican mutuamente.

Con uno de los filósofos más profundos y de más larga vista del siglo pasado, el P. Zeballos en *La falsa filosofía convencida de crimen de estado*, obra vastísima que la cesarística intoleran-

cia de aquel tiempo le impidió terminar, «observamos este proceso en las cosas. En Dios hay un orden eterno esencial: en el universo..... hay un orden necesariamente conforme al orden eterno; y en el arte se busca y estima una ordenación inmediata y precisamente conforme al orden de la naturaleza,» si bien debe tenerse en cuenta que esta perdió, á causa del pecado original, mucho de su pristina pureza y hermosura. Pérez y López, otro sabio pensador de la misma época, dice en sus *Principios del orden esencial de la naturaleza*, que «el Orden es la verdad trascendental del Universo;» pues, en efecto, el Universo sin orden no sería conforme á su ejemplar eterno en el entendimiento divino. Por otra parte, nada concibe, ni puede concebir la inteligencia humana sino en cuanto lo aprehende dotado de unidad y de armonía: de otro modo, todo nuestro saber se reduciría á un conjunto informe de percepciones desligadas, y la ciencia sería imposible. La ciencia debe, pues, para corresponder á su idea típica, desarrollarse bajo la ley del orden, con sujeción á las reglas de la armonía, que es también *su verdad trascendental*, y la enseñanza, representación social de la ciencia, debe á su vez subordinarse á iguales reglas, á idéntica ley. ¿Verificase esto en España actualmente? De variedad no carece nuestro plan de estudios; pero, ¿dónde está la unidad? ¿Dónde el centro al rededor del cual se muevan jerárquicamente coordinadas las diversas partes de la enseñanza nacional? ¿Dónde la conexión íntima que debe existir entre las varias materias que comprende? ¿Cuál es la fuente común de que proceden? ¿Cuál es el fin en que convergen? No los vemos: vemos las derivaciones de la ciencia, no la ciencia misma: las ramas del árbol, no las raíces, ni el tronco: el hombre sin espíritu, el universo sin Dios: no ocupa el punto culminante, singular y colectiva, formal y realmente, la ciencia de Dios y del Espíritu, la ciencia de los primeros principios, la ciencia de nuestros medios de conocer, la ciencia de

las ciencias, la Filosofía. ¿Qué tiene de extraño, por lo mismo, que nuestra Instrucción pública, eclecticamente empírica, así en su constitución interna y externa como en la esencia y forma de sus *programas*, aparezca postergada respecto de las demás instituciones sociales, cuando debiera resplandecer en lugar preeminente en medio de ellas, como el sol en medio de los planetas, repartiéndoles luz, calor y vida?

II.

«La Filosofía—dicen algunos—es altamente perniciosa; nunca ha servido más que para engendrar utopías, para preparar revoluciones: en su nombre han sido atirrados monumentos grandiosos, instituciones venerandas: ella ha traído las sociedades al borde del insondable abismo que amenaza tragarlas.» Verdad es que á la mala dirección del espíritu filosófico en ciertas épocas deben los pueblos muchos sangrientos trastornos, muchos días de amargura la Iglesia, muchas calamidades el mundo. Pero la misma grandeza del abuso demuestra elocuentemente la excelencia del objeto abusado. Además ¿cuánto no exceden á los daños los beneficios que ha reportado á la causa de la verdad y de la sana civilización! Los conocimientos todos adquiridos por el hombre en su laboriosa peregrinación al través del tiempo y del espacio ¿habrían llegado jamás á constituir verdaderas ciencias, si la Filosofía no los hubiese informado, bautizándolos con el sacramento de la unidad? Sin el procedimiento filosófico que á su exposición y desarrollo aplicaron los grandes doctores y teólogos cristianos ¿sería la revelación misma otra cosa que un cúmulo de documentos, divinos si, pero faltos de trabazón visible y de enlace dialéctico? Y finalmente ¿de dónde recibieron su impulso originario los grandes movimientos intelectuales de que ha sido tea-

tro el mundo, si no de la mente de los grandes filósofos, de los Platones y los Aristóteles, de los Agustinos y los Tomases, de los Vives y los Descartes?

Mas hay quién añade: «El siglo XIX está por lo positivo, no gusta de especulaciones abstractas. ¿Qué nos importa el árbol, si recojemos el fruto?» ¡Que nuestro siglo es positivista y apegado á la materia! Démoslo por cierto: eso sería en todo caso su condenación. ¿Habrà de amoldarse la Instrucción pública, que es reina, no esclava, á las tendencias de los tiempos, por más que sean evidentemente nocivas, en vez de dominarlas y dirigir las? ¿Creéis, por otra parte, poseer ya todos los frutos de la Filosofía? ¡Error craso! ¡Presunción funesta! ¡Cuántas ciencias, en flor aún, que, si dejásemos de regar ese árbol fecundísimo, se marchitarían! ¡Cuántas otras formándose silenciosamente en sus entrañas, que nunca llegarían á salir del estado de gérmenes en que ahora se hallan! Las mismas que hoy alcanzan ya su completo desarrollo, ¿tardarían mucho en languidecer y secarse, una vez privadas de la savia invisible á cuyo impulso brotaron y que constantemente las nutre y avigora?

Pero, ¿es cierto que nuestro siglo mira con repugnancia los estudios filosóficos? Nada más inexacto; todo lo contrario. La Filosofía que, en virtud de su propia naturaleza y objeto, fué y será siempre la ciencia tipo, la ciencia por antonomasia, alma y vida de todo el saber humano, ha llegado á adquirir en la época actual una importancia directa subidísima, una influencia inmediata y poderosa en el movimiento de la civilización. Nunca se vieron tan próximos como en la edad presente la idea y el hecho, la premisa especulativa y la consecuencia práctica. Las sociedades descansaban antes sobre la base de la tradición, y de la tradición vivían; era por lo mismo menor que ahora la trascendencia de los principios filosóficos, más estrecho el campo de sus aplicaciones: la Providencia reservaba el

ensanche de éste y el acrecentamiento de aquella para otros días, que ya han llegado. Demolido aquel mundo antiguo al empuje de las revoluciones, el genio de lo pasado ha perdido casi todo su prestigio sobre los ánimos, y los pueblos buscan, fuera del tiempo, en la región de las ideas, la razón de sus leyes y el norte de su existencia. Todas las modernas escuelas sociales y políticas, aun las que blasonan de tradicionalistas, son radicalmente filosóficas y se apoyan en teorías metafísicas, dado que nunca, ni en parte alguna se ha hecho carne, digámoslo así, el bello ideal por cuya realización suspiran. Ese es el rasgo más relevante del siglo XIX, el que más le caracteriza, reflejándose igualmente en las obras de Schlegel y de Hegel que en las de Gioberti y Rosmini; así en las de Bonald y Cousin, como en las de Balmes y Donoso Cortés; lo mismo en las naciones germánicas que en las de origen latino. La atmósfera está impregnada de Filosofía: su espíritu nos rodea, nos llena, nos arrastra á todos. Si esto es un mal, ocasión será de bienes mayores, porque la Providencia sabe hacer fecundas en resplandores las mismas tinieblas: si es un bien, fuente será de otros; *ex bono bonum*. Lo cierto es que el porvenir del mundo pertenece á la Filosofía, y que los que en este terreno venzan, esos vencerán en todos, esos darán la ley á la humanidad.

España, en tanto, ¿se dispone debidamente para las grandes crisis futuras? Doloroso es confesarlo; ajena casi completamente á la ciencia, vive entregada al empirismo, recibiendo en su seno así las consecuencias del error como las de la verdad que se deslizan de otros países confusamente. Seguimos las doctrinas políticas, sociales y literarias de unas y otras escuelas; pero los principios metafísicos en que estriba nos son poco menos que desconocidos; de donde provienen esa vaguedad de ideas, ese caos de aspiraciones, esa indecisión de creencias que en derredor nuestro y en nosotros mismos encontramos. Existen, sin duda,

en la península individuos de vasta instrucción filosófica; pero aislados, sin mutuas relaciones, sin comunidad de espíritu, sin influencia apenas en la vida real de nuestra sociedad. A la sombra de esta confusión se propaga la superficialidad en la juventud, y las teorías más perniciosas y desacreditadas, envueltas en brillante ropaje, adquieren prosélitos que las celebran como el *non plus ultra* del ingenio del hombre. Todo ¿por qué? Por no haberse caído en la cuenta de que ciertos errores solo seducen cuando los miramos de lejos, no cuando subimos á la fuente de donde dimanar, y de que contra la mala filosofía no se da otro ni más eficaz remedio que la filosofía buena; por no haberse dado á esta la importancia que le corresponde en los planes de estudios, por haberla rebajado al nivel de las demás enseñanzas, cuando debía dominarlas á todas. La exactitud de este último aserto es evidente para cuantos hayan pasado una mirada por los diversos grados de la Instrucción pública; en ninguno de ellos, ni en los institutos, ni en las universidades, ni en las academias, ocupa la Filosofía el lugar que le corresponde. Un poco de Psicología y Lógica en la segunda enseñanza, otro poco de Metafísica é Historia de la Filosofía en las facultades; hé aquí todo el alimento filosófico que el Estado ofrece actualmente á la juventud española.

La reparación de tamaño desorden debe principiarse por arriba, es decir, por las academias, creando una de Filosofía que las presida á todas, y en la que, congregados los más doctos pensadores de los pueblos ibéricos, además de rectificar y conservar las buenas doctrinas, renueven y enaltezcan la filosofía nacional, para que, enriquecida con los trabajos de tantas generaciones sabias, brille en nuestro horizonte, en medio de las ciencias, como el sol en medio de los astros, disipe las sombras que las envuelven, les comunique su íntimo vigor, las levanten del polvo en que se arrastran, y llevándolas en pos de sí concertada y magestuosamente, ciña al pueblo español inmensas coronas de bienandanza

y de gloria. Así, reanudando el pasado con el presente, pondremos en relación lógica el movimiento contemporáneo con la tradición de los siglos anteriores. Separados de ellos por la revolución, tumba de tantas grandezas y de tantas miserias, y aislados enfrente del porvenir, hemos buscado, en extraños horizontes, astros que nos guiasen á las regiones de la verdad, y solo encontramos cometas que, errantes al acaso en los espacios, arrastraban vertiginosamente á los entendimientos deslumbrados, dejándolos caer luego en el horrible vacío del esceptismo. ¿No ha llegado el tiempo de que, recogiéndonos en nosotros mismos, y reconcentrando cuantos destellos de sabiduría nos legaron nuestros mayores, comencemos á preparar en la esfera de la ciencia la brillante era de gloria y prosperidad á que está llamada la península ibérica?

GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

(Se continuará.)

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuación.)

No pasó un cuarto de hora, por más que á la alarmada solitud de Carlos pareciese otra cosa, cuando resonaron en el casi inhabitado palacio pasos precipitados. Oyóse ruido de abrir y cerrar puertas, y al poco tiempo todo volvió á quedar en silencio. Aun esperó algunos minutos el Conde de Cavia á que su padre, cumpliendo su promesa, le llamara á su lado; pero viendo que el tiempo pasaba y no siendo ya dueño de dominar su inquietud, decidióse á infringir la consigna, bien seguro de no incurrir en graves censuras por este acto de filial indisciplina. Pero ¡cuál no fué su sorpresa, cuando al intentar abrir la habitacion de su padre encontróse con la puerta cerrada por dentro! No dándose, sin embargo, por vencido ante esta dificultad, sin ejemplo en las costumbres de la familia, llamó anunciando su visita, y si bien el Marqués respondió desde adentro con voz cariñosa, todavía tardó algun rato en decidirse á abrir á su hijo, y aun éste creyó oír clara y distintamente el ruido de un cajon que se cerraba con llave, y ese rumor confuso que ocasiona siempre en un cuarto el colocar en su sitio muebles y objetos que por un momento han abandonado su habitual colocacion y armonía.

Por fin abrióse la puerta, y en su dintel dibujóse la todavía hermosa, aunque ya marchita fisonomía del amo de la casa; pero algo debia leerse en ella que no correspondiese á su natural expresion y que alarmara la filial solitud de su hijo, cuando este, adelantándose á toda explicacion de su padre, corrió á él, y estrechándole las manos entre las suyas y mirándole cariñosamente, se entró con él en su cuarto, exclamando:

—¡Pero Dios mío! ¿qué le ha pasado á V? ¿Qué disgusto ha tenido? ¡No está V. bueno! ¿Quiere V. algo? ¡Digamelo por Dios!

—Tranquilízate, Carlos, te lo pido por caridad; tranquilízate, no estoy malo, ni ha sucedido nada que deba alarmarte—le respondió su padre dejándose caer en un sillón, pero sin abandonar las manos de su hijo, que aun le contemplaba fijamente con amorosa inquietud—he tenido una visita..... me han dado una noticia..... que no esperaba..... una buena noticia, se apresuró á añadir al ver la impresion que sus palabras producian en su hijo—que lo confieso, me ha llenado de emocion y de..... pero tranquilízate, hijo mio—siguió diciendo el Marqués, mirando á su hijo con expresion más cariñosa todavía—nada hay en este suceso ó en esta noticia, cuya completa exactitud aun no he comprobado que deba afligirnos ni á ti, ni á mí, ni á tu santa madre.

—¡Mi madre! ¿Tambien mi madre tiene que ver en ello?

—Sí, hijo mio, á tu madre, á mí, á ti mismo, á todos nosotros nos interesan, y deben interesarnos las importantes revelaciones que acaba de hacerme..... tal vez con demasiada precipitacion ese..... ese hombre que ha hablado conmigo: tú no le has visto ni hablado, ¿no es verdad?—preguntó el Marqués con un acento que, si no el terror, demostraba por lo menos la inquietud más profunda.

—¡Yo no! No, señor, pero ¿quién es ese hombre? ¿Quién le envía, qué mision trae?

—Bueno, ¡más vale así!—exclamó el Marqués como si hablase consigo mismo, y desentendiéndose de la segunda parte de la contestacion de su hijo—mejor es que no le hayas visto ni hablado: tiempo queda para todo, y vale más que con todo despacio y tranquilidad..... ¡Mira tú!—añadió sonriéndose y siempre con un acento en que traspiraba una dulzura y una emocion casi femenina—por eso no queria yo que hablásemos tan pronto de esta entrevista..... pero tampoco he tenido valor para cerrarte la puerta de mi cuarto y dejarte inquieto y alarmado para toda la noche. Ya sabes tú lo que siempre he sido y soy para ti, y lo que..... ¡vaya!—siguió diciendo—si me enternezco soy hombre perdido..... vas á creer que estoy dominado por una gran desgracia, cuando al contrario.....

—¡Bien, bien, padre!—exclamó Carlos con su impetuosidad

habitual, estrechando y besando calurosamente la temblorosa mano que el anciano Marqués colocó con cariño sobre su hombro al intentar tranquilizarle.—Cuanto más me prepare V., cuanto más me diga, cuantos más esfuerzos haga por parecer sereno y contento, mayor y más profunda es mi alarma. Conozco á usted demasiado para saber que ocurre alguna cosa grave..... quiero creer que no es triste, pero es acontecimiento, sobre inesperado, serio..... gravísimo acaso.

—Pues bien, Carlos—exclamó el Marqués variando de tono, levantándose del sillón donde penosamente estaba sentado, y paseándose por el cuarto sin tomarse ya el inútil trabajo de disimular su agitacion—tú eres un hombre; más hombre que yo, que no lo he sido nunca, y que ya no soy más que un pobre viejo, y debes escuchar la verdad, y escucharla como un hombre. Ya nos conoces, ya sabes nuestra vida, la triste, la desolada vida de tu padre y tu madre.

—¡Mi madre!—exclamó Carlos con apasionada voz, no exenta de tristeza.

—Sí, tu madre, que es una santa, una mártir en su amor de.....

—Padre, por Dios, no me diga V. que mi madre tiene que quejarse de V.

—No te lo digo, hijo mio, porque no es verdad—se apresuró á responderle el Marqués con acento sincero.—No; á Dios gracias, tu madre y yo, si sufrimos y lloramos y padecemos, somos dos corazones que viven en uno. Dios nos ha enviado una gran pena, pero ha permitido que la llevemos juntos. ¡Bendito sea su santo nombre!

—Pero entonces esa separacion eterna, esta casa sin madre, esa mujer sin hogar y sin esposo, ¿qué causa reconocen, que explicacion tienen? ¡Ah, si las angustias é inquietudes por que esta noche estoy pasando, si este tormento de la duda que me atenaza el alma, dan por resultado aclarar ese misterio, ¡benditos sean mil veces! por darme al fin la clave de esa tristeza que tanto se parece á una expiacion, de esta penitencia, en la que no me atrevo á preguntar por el pecador ni aun por el pecado!

Si hay pecado, Carlos—respondió severamente su padre, tú no puedes..... tú no debes saberlo; y si al pensar en el pecado.....

acaso en el delito..... has pensado á la vez en tu padre ó en tu madre..... Dios te perdone tu mal pensamiento.

—¡Perdon, perdon, padre mio!

—Sí que te perdono, y con toda la efusion de mi alma, porque sé que tu corazon es recto, aunque tu cabeza á ratos se extravía y flaquea; ¡pobre hijo mio!—añadió volviendo á su anterior acento—te conozco á fondo; te he criado, no sé si mal ó bien, pero con el cariño y la solicitud..... acaso tambien con la indulgencia perezosa de una madre. Ya que Dios ha dispuesto que vivieras privado de la tuyá, yo he cargado como he podido con este doble oficio, y de su desempeño soy el único responsable. Acaso te he mimado y consentido con demasia. Acaso no te he hecho un hombre..... lo que el mundo llama un hombre..... ¿cómo diremos? un hombre..... fuerte. Es decir, que tú no eres capaz de andar por el mundo, atollando obstáculos, saltando vallas, atropellando sentimientos ó afectos ó aprensiones. No tienes eso que se llama un objeto en la vida..... ó lo que es lo mismo, no has hecho de la vida una empresa. No marchas á lograrla con paso firme y seguro, sin que te distraigan los anchos horizontes que se ofrecen á un lado y á otro del camino, ni detengan tu paso tristezas ni emociones, ni alegrías ni desalientos. No; no he hecho de ti un hombre fuerte; en cualquier escuela mejor que en la mia podias haber cursado esa suficiencia del hombre satisfecho de sí propio, blanda almohada en que se duerme tranquilamente, burlándose del remordimiento la conciencia del hombre injusto. De otros labios que de los míos has debido escuchar las fáciles lecciones de la moral, que consiste en aprovecharse de la inmoralidad ajena; la falsa ciencia que nos hace reirnos de los sabios; el falso honor mundano que nos lleva á despreciar la virtud verdadera. Y á decir verdad, hijo mio, y déjame desahogar contigo mi corazon de padre, no estoy descontento de mi obra. Si te hubiera educado de otro modo, si te hubiera formado en otra escuela, no serias para mí un hijo, sino un extraño, pues lo que tú eres hoy, eso mismo he sido yo; lo que tú sientes lo he sentido: y á través de los años y al terminar mi vida, tan llena de sucesos y de inquietudes y de emociones, no quisiera haber sufrido menos, ni gozado más, cosa que no se atreverian á asegurar, la mano puesta sobre el corazon, todos los hombres fuertes, y que

pasean por este valle de lágrimas, su inútil fortaleza. Acaso si tú fueras lo que llama el mundo un hombre fuerte; es decir, una criatura que ha renunciado voluntariamente al mayor privilegio de su alma inmortal, á la facultad de sentir, de amar, de perdonar..... sobre todo, de perdonar, hijo mio; acaso si tú fueras un hombre superior, es decir, un hombre sin afectos, una máquina preciosa y bien montada, que sólo produjera armónicamente y á compás de sus artificiosos resortes determinadas cantidades de intereses, provechos y utilidades prácticas, no me atreveria á confiarte el secreto que voy á fiar á tu debilidad y flaqueza.

—Hable V. sin temor, padre mio—le respondió Carlos ya más tranquilo, al comprender que la mal disfrazada emocion de su padre se referia á algun suceso ó circunstancia que á él y á sus asuntos propios, más que al resto de la familia, debia interesar especialmente—hable V. sin cuidado, que para todo estoy apercebido y dispuesto; y si no sé despreciar las penas, creo por lo menos haber aprendido á soportarlas.

—Tampoco lo que vas á oír es una pena..... en la verdadera acepcion de la palabra. No, Carlos, no debe serlo para nosotros. Se trata únicamente de perdonar..... de perdonar enterá y noblemente.....

—¡Juan Antonio!—exclamó el Conde levantándose vivamente de su asiento, y sin poder dominar su agitacion—¡se trata de Juan Antonio!..... de ese desdichado aventurero, que necesita mentir y hacer bajezas para ser dichoso..... pues ¿qué quiere de mí ese excelente amigo? ¿Para qué puedo ya servirle despues de haberme engañado? ¿Qué le sucede? ¿En qué otro negocio necesita otra vez sacrificarme?

—¡Carlos! ¡Carlos! no me atormentes inútilmente..... no te atormentes tú, y habla con calma, para lo cual ha de bastarte con escuchar tu propio corazon..... que no puede dictar esas palabras de acerada dureza contra un hombre á quien no odias, á quien te está prohibido odiar.

—No le odio, padre, no le odio, antes bien le compadezco.

—¡Bien, bien! hijo mio, eso es; compadécele, compadécele muy de veras.

—Sí, le compadezco..... y le desprecio.

—¡Eh, no blasfemes! ¿Si le compadeces, cómo has de despreciar-

le? Un cristiano no puede despreciar á su igual, á su compañero, á su hermano, al que participa con él de ese soplo divino que Dios á su voluntad puede encender con los destellos de su gracia, y que es árbitro con el poder de Dios de elevarse hasta los esplendores de su gloria. El mismo Dios, que leía en sus corazones, no despreció ni á los judíos que le abofeteaban, ni al mismo ladrón que blasfemaba de su padre..... ni á Judas que le besó falsamente..... No, Carlos, no despreciemos á los hombres, porque todos, aun los peores, son en esta vida hijos de Dios, y Dios es padre de los buenos y de los malos, y su infinito é insaciable amor á todos por igual se reparte. Y á ese de que hablabas..... á ese hombre que ha sido tu amigo, que como amigo se ha unido á tu alma y á tu inteligencia con vínculos ya eternos, ¿no se te ocurre que al despreciarle, desprecias también algo tuyo, algo que ya no puedes recobrar, algo que se ha encarnado en su alma, en esa alma, oscura, triste, tenebrosa, pero alma al fin como la tuya, y como la mía, redimida por el mismo Dios, y que ha de comparcer como las nuestras en su divina presencia?

—Bien, bien, padre, tiene V. razón—respondió Carlos hondamente conmovido con la natural elocuencia del Marqués, que también le hablaba arrasados en lágrimas los ojos, y con una emoción que en vano trataba de disimular, y que debía obedecer á causas más graves que las que aparentemente la motivaban.—Basten esos vínculos morales de que V. habla tan santamente para que ese hombre me sea sagrado. No le odio ni le desprecio, aunque me ha ofendido, aunque me ha humillado, aunque.....

—Dilo de una vez y no te avergüences, dí de una vez que no puedes odiarle porque aun le amas.....

—Pues bien: sí, ¿por qué negarlo! No es virtud, ni abnegación, ni humildad cristiana, lo que me inspira el perdón que con toda mi alma le concedo, es ¡no sé qué!..... una voz misteriosa, una luz interior, pero que brilla allá en el fondo de mi acongojado espíritu, la que me dice que ese hombre no puede ser mi enemigo, que mi odio sería una maldad ó una injusticia ó un crimen.

—Y sí que lo sería.

—¿No es verdad que sí?

—Sí, hijo mío; sin que yo mismo pueda decir por qué, pero

admitiendo como una advertencia de arriba esa voz misteriosa que Dios ha permitido que escuches, yo te aconsejo, yo te conjuro á que la oigas, á que la oigas siempre, y des muchas gracias á Dios por haberla oido. Va en ello no sólo tu felicidad, sino la nuestra, la de tus pobres padres.

—¡De mis padres!

—Sí, de tus padres, que ya lo sabes, lloran todavía la pérdida de un hijo, pérdida terrible de que tú, con ser lo que eres para nosotros, no nos has consolado todavía.

—Pero ese hijo..... ese hijo muerto.....

—¡Perdido tal vez, Carlos!..... perdido y no muerto..... Toda la vida hemos dudado sobre su muerte—exclamó el Marqués mirando fijamente á su hijo.

—Bien, pero Juan Antonio.... ¡ah padre mio!—exclamó Carlos, como quien de pronto adivina una cosa que hace tiempo sospechaba, y arrojándose en brazos de su padre, ¿es eso?..... ¿es lo que yo pienso? ¿Ese hermano?..... ¡Perdon, perdon, Dios mio.....

Y padre é hijo, enlazados en estrecho abrazo, dejáronse caer al suelo, vencidos por la violencia de tan extraordinarias emociones.

SANTIAGO DE LINIERS.

(*Se continuará.*)

ADICIONES Á HORACIO EN ESPAÑA.

(Continuación.)

b) Don José María Morales Mercano, nacido en Cumaná en 1830, exministro del Interior, de Hacienda y de Relaciones Extranjeras, elocuente orador y publicista, tiene preparada, años hace, para la estampa, una traducción de las odas de Horacio, fácil y agradable, á juzgar por las muestras que de ella se leen en la *Biblioteca de escritores venezolanos, ordenada con noticias biográficas por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España. Caracas, Rojas hermano. París, Joulis et Rojas 1872.* Las odas que allí se insertan son el *¿Quid dedicatum poscit Apollinem:*

¿Qué le pides á Apolo
 Hoy, vate, el fausto día,
 Qué el templo se inaugura
 Que en su honor se dedica?
 ¿Qué demandarle intentas,
 Cuando tu mano pía
 Derrame el licor nuevo
 Con que á estrenar sus sacrosantas aras
 En libación profusa te preparas?.....

Y el *Beatus ille:*

¡Feliz quien de negocios alejado,
 Cual fué de los mortales
 La gente primitiva.....

COLOMBIA.

a) El 17 de Febrero de 1789 empezó á publicarse en la capital de Nueva Granada un periódico literario, el primero que hubo en aquellas regiones, con el título de *Correo curioso de Santa Fe de Bogotá*. Sus directores eran D. Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, y D. Luis Eduardo de Azuola.

El número 32, correspondiente al 22 de Setiembre de 1801, contiene una carta que dirigió á los editores *Joseph Tiburcio Lineros, alias, el poeta ramplón*. Redúcese á decir que ha traducido la oda de Horacio *Æquam memento*, sólo «por el deseo de instruirse, acompañado del propio conocimiento de la debilidad de sus alcances», por lo cual pide que, si fuera bien recibido este su primer ensayo, enviará al *Correo* otras traducciones de poetas latinos.

La traducción consta de cinco estrofas como esta, que es la tercera:

En esos bellos prados,
 Donde el álamo blanco y alto pino
 Con sus ramas frondosas
 Hacen sombra agradable en el camino;
 Donde nacen las rosas,
 Emblema de deleites poco estables,
 Y donde por variables
 Círculos se encamina
 De un arroyuelo el agua cristalina,
 Goza las dichas todas que se dejan
 La fortuna, la edad, y las hermanas
 Que cortan sin piedad vidas humanas

.....

b) El ver publicada esta mala versión movió á D. Mariano del Campo Larraondo, presbítero, de la diócesis y provincia de Popayan (murió en edad muy avanzada por los años de 1856), hombre erudito, de acrisolado gusto, y muy dado á escribir versos, aunque ajeno de dotes poéticas, á dirigir á los redactores del *Correo curioso* una carta crítica con reparos al *poeta ramplón*, y

tres traducciones de su cosecha de otras tantas odas de Horacio. La carta es muy notable para aquel tiempo, y bastante á probar que Larraondo era humanista de veras, que sabía teóricamente cómo debe traducirse á los clásicos, y que sentía las más íntimas y escondidas bellezas del estilo de Horacio, cuya oda analiza con delicadeza suma, comparándola rasgo por rasgo con la profanación del anónimo intérprete.

Hay en esta carta excelentes reglas sobre el modo de traducir: «No puede el traductor inventar ó quitar nada según su capricho, sino que está obligado á seguir é imitar, no servilmente, sino de un modo libre y acomodado al carácter y naturaleza del idioma en que traduce. Así, toda la libertad que puede tomarse, se reduce á valerse de rodeos naturales que aclaren más las frases ambiguas ó las expresiones oscuras ó enfáticas, y también de voces que, aunque no tengan la misma energía y extensión, expresen todo lo posible los pensamientos é imágenes; á aplicar alguna vez, pero sin afectación, un epíteto propio y adecuado, que llene su verso, sin variar la sentencia, ni oponerse al genio del escritor; y finalmente, á anteponer, cuando lo pida el caso, la cláusula ó expresión que se halle pospuesta en el original, y que en él es natural y consiguiente, pero que en la traducción aparecería sin la necesaria trabazón y consecuencia».

Por desgracia, no es lo mismo conocer el arte que practicarle, y Larraondo nos dió mediana muestra de sí, en las traducciones de la misma oda *Æquam memento*, y del *Beatus ille* que acompañan á la citada carta:

1.^a En los arduos sucesos,
 Delio amigo, procura
 Tener tranquila el alma y sosegada,
 Como libre de excesos,
 De una alegría necia y destemplada

.....
 2.^a ¡Feliz quien sin negocios,
 Cual los primeros hombres,
 Cultiva con sus bueyes
 El campo que heredó de sus mayores.

.....

El original está bien entendido, y algunos versos son felices; pero el conjunto se resiente de llaneza prosáica.

Ignórase si la carta y las traducciones llegaron á salir en el *Correo curioso*, porque la colección de éste, que se conserva en la Biblioteca de Bogotá, no está completa. Pero el Sr. Caro ha tenido la bondad y la paciencia de copiarlas para mí de dos cuadernos manuscritos, intitulados *Rasgos morales, filosóficos, históricos y políticos en verso y prosa, compuestos y dedicados á la juventud de Popayán, por el Dr. D. Mariano del Campo Larraondo y Valencia, presbítero*. Aunque en ambos se añade al título general el de *Parte primera*, no son unas mismas todas las piezas que en uno y otro se contienen.

En la nueva edición de *Horacio en España*, irán estos peregrinos documentos horacianos.

b) Don Miguel Antonio Caro, que con tanta generosidad me ha remitido un tesoro de noticias literarias americanas y de libros de aquella región, ha olvidado por modestia ponerse en la lista de los traductores de Horacio. Pero yo debo reparar esta omisión, y advertir que en sus *Poesías*..... impresas en Bogotá, por Foción Mantilla, el año 1866, se lee una valiente traducción del *Qualem ministrum fulminis alitem*, y que inéditas conserva otras del mismo Horacio, y fragmentos de Lucrecio, Catulo, Tibulo y Propercio, que han de formar juntas un libro cuyo título será *Flos poetarum*.

c) El traductor de quien voy á hablar ahora es, como tal, inédito, y yo poseo los autógrafos de sus versiones; pero sus poesías originales corren hace tiempo por el mundo, y le acreditan de lírico de extraordinaria originalidad y de portentoso brío, aunque algo caprichoso y excéntrico. Sus versos, no exentos de dureza á veces, pero henchidos siempre de altos pensamientos y de un modo de sentir la vida y la naturaleza, hondo, viril y nuevo en nuestra literatura, ora recuerdan á Byrón, ora á Leopardi, ora á Longfellow, ora á Cullen Bryant, sin que la semejanza sea nunca imitación, ni deje de sobreponerse á todo la vigorosa y saludable naturaleza del poeta.

Llámase este ingenio americano, tan digno de alta prez, D. Rafael Pombo, y su obra maestra es una oda *Á la catarata del Niágara*, ante cuya soberbia inspiración casi palidece la de Heredia.

Puesto el Sr. Pombo á punto de muerte, hará dos años, por una horrible dolencia, de que ya (gracias á Dios) ha convalecido, llegó casualmente á sus manos un ejemplar de *Horacio en España*, quizá el único que había aportado á Santa Fe de Bogotá. Ni yo conocía al Sr. Pombo, ni el Sr. Pombo me conocía á mí, ni aun sabíamos el uno de la existencia del otro; pero el amor á las letras clásicas (decir yo otra cosa sería vanagloria, y además no lo creo), vino á hacernos amigos á tan larga distancia de tierras y de mares. No mi libro, sino el amor á Horacio que hay en mi libro, y el amor á los poetas castellanos del buen tiempo, hizo encontrar al Sr. Pombo algún solaz en su lectura, y (no cuento esto por vanagloria) le decidieron á entrar en el coro horaciano, traduciendo gran número de odas, cuyos originales autógrafos fué remitiéndome. En el frontis del primer cuaderno escribió este título: «*Doce odas selectas de Horacio, traducidas para presentarlas respetuosamente, en prenda de..... fraternal simpatía, al autor de Horacio en España*».

En una advertencia que va al principio de este regalo, dice textualmente: «Originó estas traducciones el deseo de dar una prueba de aprecio y simpatía al Sr. D. M. M. P., autor de *Horacio en España* aumentando así al mismo tiempo las versiones americanas de Horacio que comunicase á dicho literato mi querido amigo y paisano D. Miguel Antonio Cárro, el traductor de Virgilio.

«Mi designio no ha sido el hacer traducciones de gusto clásico, ni de laboriosa y esmerada interpretación. No alcanzan allá mi estilo y fuerzas, ni trabajándolas de prisa, las más en cama, atormentado por agudísimos dolores, y para enviarlas por el próximo correo, pueden tener la lima de dicción y el asiento de estilo que no resulta sino de una revisión posterior, pasado el primer esfuerzo de vaciar en molde propio ideas ajenas y de lengua y tiempo extraños..... Mi designio fué el de escoger algunas de las odas del Venusino que fuesen más á propósito para hacer comprender y sentir á los despreciadores de lo clásico (partido numerosísimo en América) algo de lo que Horacio valía. Las formas, pues, debían ser populares en lo posible, como para popularizar al lírico latino é inducir á los lectores á estudiarlo en mejores y más completas fuentes.

»En punto á dicción, traté de dar literalmente la *palabra* de Horacio, siempre que el castellano y el metro lo consintiesen, rompiendo con cierta etiqueta de lenguaje que viene de siglos atrás, privándonos en ocasiones de expresarnos con la fuerza y verdad que admite nuestro idioma. Tengo para mí, que de romper esta etiqueta puede resultar hoy, en manos más diestras que las mías, un buen recurso de frescura y efecto en la expresión. No sé si es á algún manejo de Shakespeare, ó á mi natural anticeremonioso, á lo que debo, también en violación de dicha etiqueta, cierta afición á usar voces ó modos vulgares, cuando los aristocráticos no satisfacen por débiles, ó por ya trillados y rutineros. Profeso el principio de que los poetas deben proponerse no sólo no dejar degradar el lenguaje usual é inocente, sino también ensancharlo todo lo posible, elevando con buena elección lo vulgar ó llano que no tiene en lo culto correspondencia enérgica.... Me permití abreviar tal cual rasgo inoportuno ó pesado del original (como el de las *Amazonas* del *Elogio del Druso*) y dislocarlos anteponiéndolos á los más felices, para remate de estrofa; y otras veces, como en la de *Cur me querelis*, aproveché el desahogo del metro, para añadir breves incidentes explicativos.»

El traductor que de tal manera se explica, bien prueba, aun al desgaire, lo que vale como filólogo. Conforme yo con él en todo, no ceso de pedir á Dios que aparte de nosotros la plaga del falso clasicismo, de que aquí hasta los románticos adolecieron, y nos deje ver la aurora del clasicismo legítimo y de primera mano, franco y sin retórica, ni eufemismos, que ya á todos los pueblos de Europa ha iluminado, y que sólo en España invocamos inútilmente. No florecerá el clasicismo verdadero, expresión la más alta de la perfección artística, mientras no se mate y ahogue en la raíz todo convencionalismo y amaneramiento. La tradición del siglo pasado, aun en los mejores, en los Quintanas y en los Gallegos, es funesta, nos aparta de la comprensión verdadera de la antigüedad, y es necesario emanciparse de ella, á pesar de su elegancia oratoria, y aunque todavía pese sobre nosotros como losa de plomo.

Fray Luis de León fué más clásico que nadie, y sin embargo, llamaba las cosas por su nombre, por lo cual el cultísimo Lista aconsejaba á sus discípulos que huyesen del *tosco desaliño* del

gran poeta de Salamanca. ¡Así salieron ellos! ¡Dios perdone á la escuela sevillana!

Las odas traducidas por D. Rafael Pombo son, por el orden en que él me las remitió:

2.º, lib. III. «*Angustam amici.*»

Quiero, amigos, que en los duros
Ejercicios de la guerra.....

(En romance).

30.º, lib. III. *Exegi monumentum:*

Un monumento me alcé
Más duradero que el bronce.....

(En romance).

22.ª del libro I. *Integer vitae:*

No, Fusco; ni arco ni morisca lanza,
Ni aljaba henchida de herboladas flechas,
Ni arma ninguna necesita el hombre
Integro y limpio.

(Estrofas sáficas).

31.ª, id. *Quid dedicatum:*

¿Qué implora de Apolo el vate,
Hoy que su templo dedican?.....

(En romance).

8.ª, lib. II. «*Ulla si juris*»:

Creyera lo que me juras,
Barina, si alguna vez.....

(Redondillas).

10.ª, id. *Rectius vives:*

¿Quieres, Licino, ser feliz? No lances
Siempre tu nave en alta mar, ni huyendo.....

(Estrofas sáficas).

6.^a, lib. III. *Delicta majorum*:

Romanos, la maldad de vuestros padres,
Aunque no vuestra, pagaréis vosotros.....

(Romance endecasílabo).

24.^a lib. III. *Intactis opulentier*:

Merece transcribirse íntegra, y la pondré después.

8.^a, lib. IV. *Donarem pateras*:

Yo, Censorino, grato á mis íntimos,
Tarjas y bronces con gusto diérais.....

(En asclepiadeos moratinianos, como los que D. Juan Gualberto González empleó en la traducción de la misma oda).

Épodo IV. *Lupis et agnis quanta*:

Si entre cordero y lobo hay pugna eterna,
La misma el hado entre los dos fundó.....

(Romance endecasílabo agudo).

9.^a, lib. III. *Donec gratus eran tibi*:

Cuando era yo tu agrado,
Y en prueba de ello.....

(El autor, siguiendo su genialidad, ha tenido la humorada de traducirla en seguidillas).

Épodo XVI. *Altera jam teritur bellis civilibus aetas*:

Una edad más en fratricidas luchas
Ya se está consumiendo; y Roma..... aquella.....

(Tiradas de á once versos sueltos, con los dos últimos pareados: combinación nueva, y que junta la regularidad lírica con la soltura descriptiva).

34.^a, lib. I. *Parcus Deorum cultor*:

Yo andaba errando por la ciencia impía.....

(Es un soneto).

Oda 2.^a, lib. II. *Nullus argente:*

Crispo Salustio, con razón desprecias
Lo que la tierra en su avaricia esconde.....

(Estrofas sáficas).

3.^a, lib. II. *Æquam memento:*

Delio, pues hemos de morir, recuerda.....

(Romance endecasílabo).

16.^a, lib. II. *Otium Divos:*

Descanso, oh Grosfo, pide el náuta al cielo.....

(Sáficas).

18.^a, lib. III. *Faune, Nympharum fugientum amator:*

Fáuno, galán de las esquivas Ninfas.....

(Sáficas).

Epodón VII. *Quò, quò scelestis ruitis:*

¿A dónde, á dónde os despeñáis impíos?.....

(Cuartetos endecasílabos).

29.^o, lib. III. *Thyrrena regum progenies:*

Tiempo ha, caro Mecenas, descendiente
De etruscos reyes, que te guardo en casa.....

(Versos sueltos).

4.^a, lib. IV. *Qualem ministrum fulminis alitem:*

Como al ave de Júpiter,
Ministra de su rayo,
Que por raptora fiel de Ganimedes
Hizo el rey Dios emperatriz del viento
Sacan del nido, tierna todavía,
Juvenil osadía
Y el heredado instinto de su aliento.

(Estrofas líricas).

17.^a, lib. I. *Cur me querelis:*

Mecenas, sostén mío, gloria mía.....

(En estrofas líricas).

Epodón XI. *Beatus ille:*

Feliz quien lejos del bullicio, y lejos
Del logrero sin leyes.....

(Combinación igual á la que empleó para traducir la misma oda Fr. Luis de León, de quien aprovecha, poniéndolas de bastardilla, algunas expresiones, persuadido como yo de que «ese es el traductor modelo, porque lo más importante de una traducción poética no es dar la idea, (tarea fácil para un latinista, sino el *sentimiento*, y nadie en lo clásico siente y hace sentir como aquel hombre privilegiado». Gran verdad y admirablemente dicha).

III, lib. IV. *Quem tu Melpomene semel:*

Al mortal, á quien tú con blandos ojos
Mirares, oh Melpómene, al nacer.....

11.^a id. *Pindarum quisquis;*

Todo el que en raptó emulador pretende.....

(Sáficos-adónicos).

15.^a, lib. I. *Pastor cum traheret:*

Cuando á su huéspedea Helena
El pérfido pastor bello.....

(Romance).

Aunque no hubiera producido mi *Horacio en España* más resultado que el de inspirar estas 25 traducciones, tendría por bien empleado el trabajo que puse en él, y por bien aprovechadas mis investigaciones, al parecer áridas é infecundas. Véase, como muestra, el *Intactis opulentior:*

Aunque más grande tu opulencia fuera
 Que la intacta de Arabia ó la del Indo,
 Y cubrieran tus fábricas el seno

Del mar Pullo y Tirreno,
 Siempre al fijar la eterna ley severa
 Su clavo adamantino en lo más alto
 De tu mansión, no lograrás por fuerte
 Librar tu corazón de sobresalto,
 Ni tu vida del lazo de la muerte.

El Geta fiero, el Scita campesino
 Que su hogar vagabundo en carros lleva,
 Viven mejor: fruto á placer les brindan
 Campos que no deslindan;
 Ara un año no más cada vecino,
 Y otro reemplaza al que rindió su escote
 La inocente mujer en tanto cría
 Dulce á su hijastro; y ni aun la rica en dote
 Manda en su esposo, ni en galanes fía.

Que allí son el gran dote de la esposa
 La virtud de sus padres, y la cierta
 Jurada fe, que tiembla de hombre extraño.

No hay adúltero engaño,
 Ó su precio es la muerte..... ¡oh! si alguien osa
 Querer que Padre en bronces se le llame,
 Por librarnos de escándalos y horrores,
 Audaz reprima la licencia infame,
 Y otra, si no su edad, le alzaré honores.

¡Oh mengua! Odiamos la virtud presente,
 La odiamos por envidia; mas tan pronto
 Como desapareció de nuestra vista,
 Su ausencia nos contrista.

¿Qué vale el sandio querellar doliente,
 Si hiriendo á los malvados no se corta
 Con el castigo el árbol del delito?

¿El sabio texto de la ley qué importa,
 Si vivo en las costumbres no anda escrito?

¿Á qué la ley, si ni la térrea zona
 Que férvidos calores siempre ciñen,

Ni la inmediata al Aquilón, ni el hielo
 Que rígido arma el suelo,
 Tuercen al mercadante? ¿No blasona
 De vencedor del piélago el marino?
 La pobreza, tenida en grande afrenta,
 Urge á osar y hacer todo, y del camino
 Arduo de la virtud al hombre ahuyenta.

¡Mas no, no siempre así! Vamos al punto
 Al Capitolio, do instador nos llama
 El popular aplauso al sacrificio;

Ó esta fuente del vicio,
 Este de todo mal perenne asunto,
 Inútil oro, y mármoles radiantes,
 Y piedras que preciosas hizo el necio,
 De una vez á las olas no distantes
 Del hondo mar, lancemos con desprecio:

Si hay por tanta maldad pesar sincero,
 Probémoslo, arrancando de raíces
 La codicia perversa y corruptora;

Y eduque desde ahora
 Más viril ejercicio y más severo
 Nuestros endebles ánimos.—¿Qué extraño
 Que el noble niño á cabalgar no acierte,
 Y huya la caza, y sólo guste hogaño
 Del troco y juego ilícito de suerte?

Su avaro genitor en tanto emplea
 Deslealtad perjura en vil estafa
 Contra el consocio, el huésped, el amigo,
 Y cual triste mendigo,
 Viviendo acaso, una fortuna crea
 Que aventará más tarde el hijo loco;
 Cuéntala el padre en incesante aumento,
 Pero por más que apila, *Esto es muy poco*,
 Murmura sin cesar su gesto hambriento.

El Sr. Pombo se propone publicar un *Horacio bogotano*.

REPÚBLICA DEL ECUADOR.

Sólo puede citarse á Olmedo (el cantor de Junin), que tuvo más que ningún otro poeta americano, el *Os magna sonaturum*, Hay de él una traducción de la oda *Oh navis*, inserta en la primera *América Poética* (Valparaiso, 1846), pág. 649.

¡Oh nave! ¿dónde vas? ¿No te amedrentan
Las nuevas olas que á la mar te impelen?.....

Con ser tan breve, nótase en ella una mala inteligencia del sentido, que ya notaron y censuraron los hermanos Amunáteguis:

¿Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada nave su esperanza?.....

Horacio dice precisamente lo contrario:

Nil pictis timidus navita puppibus
Credit.

PERÚ.

En el *Parnaso peruano*, colección hecha por José Toribio Polo, con el retrato y biografía de los poetas nacionales, (Lima, imp. de *La Época*, 1862), tomo I, se citan traducciones de Horacio hechas por el presbítero D. Bernardino Ruiz, de quien hay poesías castellanas originales, y algunas latinas, en el tomo.

Las traducciones se ofrecen para un apéndice, que no llegó á publicarse, ó que á lo menos no ha llegado á las manos del señor Caro, de quien es esta noticia. El presbítero Ruiz nació en Lima en 1765, y murió en 1819.

CHILE.

Don Salvador Sanfuentes (nació en 1817, murió en 1860), autor del célebre poema joco-serio *El Campanario*, escritor fe-

cundisimo, y decano que fué de facultad de Filosofía de la Universidad de Santiago de Chile, ha dejado una mediana traducción del *Otium Divos*, en estrofas de Francisco de la Torre:

El que surca las ondas de los mares,
Pide al cielo quietud, cuando el nublado
La luna oculta, ó la brillante estrella
Que guía al navegante.....

Puede verse en la *América Poética* de Cortés (pág. 50).

REPÚBLICA ARGENTINA.

Unicamente puede citarse á Juan Cruz Varela (nació en Buenos-Aires en 1794, muerto en 1839), de quien dice Gutiérrez en la *América Poética* (pág. 797), que «dejó traducidas las odas de Horacio en su mayor parte». No sé que se hayan impreso. Varela era poeta de la antigua escuela clásica, pero de pocos alientos.

URUGUAY.

En el *Parnaso Oriental*, ó *Guirnalda Poética de la República Uruguaya*, Montevideo, imprenta de *La Libertad*, 1835, se leen las siguientes traducciones de Horacio, hechas por D. Francisco Acuña de Figueroa.

Tomo I, pág. 212, *Canción secular*:

Oh refulgente Febo, oh casta Diana
De las selvas señora.....

Tomo II, pág. 95. Oda 1.^a *Maecenas atavis*:

Mecenas ilustre,
De reyes nacido.....

14.^a, lib. III; *Herculis modo ritu*:

El César, de Alcides
Digno imitador.....

Épodon VII: *Quò, quò scelestis ruitis:*

¿A dónde, á dónde os despeñáis impíos?
¿Por qué el hierro empuñáis antes guardado?

Esto por lo que toca á las repúblicas independientes.

De nuestra isla de Cuba, sólo conozco ó recuerdo una traducción del *Rectius vives, Licini*, publicada en *La Opinión Nacional* de Caracas (Mayo 31 de 1879), por D. Juan Ignacio Armas, escritor habanero avecindado allí:

Vivirás más seguro,
Licino, si no afrontas las alturas
Del ronco mar undoso,
Y si al lucir la tempestad, procuras
Nunca acercar la quilla
Al rudo escollo de engañosa orilla.

El Sr. Armas escribe mejor en prosa que en verso, y logró cierta celebridad por haber sostenido con el caraqueño D. Aristides Rojas una polémica, sobre si Andrés Bello hizo ó no papel de delator en 1810.

A todas las traducciones americanas hasta ahora registradas, debe añadirse una, harto infeliz, del *Quem tu Melpomene semel:*

¡Dichoso aquel á quien miraste, oh Musa,
De la cuna al vaivén con dulces ojos.....

publicada en el periódico *Ecos de Cúcuta* (15 de Agosto de 1880), y firmada por D. Jugo Ramírez, cuya nacionalidad ignoro, aunque le tengo por venezolano.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

CARTAS Á MI PRIMO.

PRIMERA.

UN POCO DE COMEDIA.

Mi amadisimo pariente. Lo prometido es deuda; y pues contraje la obligación de darte cuenta de todo lo que suceda digno de referirse en esta villa del oso y del madroño, manos á la obra. Ahí, en ese pueblo querido, podréis estar un tanto aburridos, y sin saber cómo matar el tiempo; en cambio, nosotros vivimos ahitos de diversiones. ¡Qué alegres días estos que corren! Indudablemente hemos resuelto el problema. ¡Cuán sin sentir vamos subiendo la áspera senda de la vida! Sin duda que esta es la Arcadia que cantaron los poetas. A cada momento semeja Madrid un ascua de oro. Los cortesanos se lanzan por estas calles tan gozosos con los derechos que la Constitución les otorga, que al ver lo placentero de sus rostros, diríase que topa uno al doblar cada esquina, con un Abascal, ó con un González, de la dinastía de los Venancios. Dada esta envidiable situación de ánimo, tan natural como que Sagasta sea hoy día de la fecha Presidente del Consejo, es que andemos de fiesta en fiesta, y divertidos á todo linaje de esparcimientos. De mí te sé decir que apenas salgo del teatro. El de mi preferencia es el que se encuentra situado en la Carrera de San Jerónimo, acera de la izquierda, entrando por la Puerta del Sol, frente á la casa de Medinaceli. La compañía, ya que no de punta, como vulgarmente se dice, es numerosa como pocas. Hay actores que prometen mucho, pero hasta la fecha ninguno, primo mío del alma, hizo prodigios. Y tan es así, que gentes de buen gusto prefieren ir por la noche á

escuchar en el Español á Calvo, quien—dicho sea de pasada—no aprendió en su último viaje al Extranjero, nada de lo mucho que necesita aprender para ser de veras actor eminente, como le llaman los gacetilleros de la crítica, en vez de asistir á las representaciones de la tarde en el *Teatro Nacional*. Con todo, yo repito que ni los arranques belicosos de Calvo, ni la *vis comica* de María Tubau, ni el talento artístico de Mario, ni siquiera los cantos flamencos de Ruiz y de Zamacois, encarnación del arte contemporáneo, me deleitan y regocijantanto como los fuegos artificiales con que entretienen sus ocios, mientras hacen el arreglo de la compañía, los aprovechados discípulos de los Argüelles, Mendizabal y demás bienaventurados comediantes que han salido á las tablas en lo que va de siglo. La cosa promete; tú has de darme la razón á fin de temporada. Hay actores para todos los gustos y para todas las escuelas. El realismo, sin embargo, es quien tiene más conspicuos representantes. Vuelvo á repetirlo, la cosa promete. El Teatro Real, años atrás tan en boga, abrió sus puertas la noche pasada, y ya se murmura por la vecindad que va á cerrarlas. Es que con el teatro por antonomasia, no cabe competencia. Por esto los músicos van á dejar el paso franco á los danzantes.

*
* *
*

CIENCIA.

En punto á ciencia no hay más que pedir. Por un lado el discurso de la Corona, que tiene más ideas que palabras (y cuenta que palabras tiene muchas, y por lo que hace á las ideas, ni el mismo Platón las soñó tan sublimes); por otro, la perorata que está improvisando el poético Moret para justificar su deserción del campo democrático; además, y como si lo dicho fuera poco, nos regalamos el paladar con artículos doctrinales de *La Iberia*; de suerte que templamos nuestra hidrópica sed de *sabiduría* hasta el punto de que temo si de puro sabios daremos al fin un estallido. Como para muestra basta un botón, comprenderás el efecto asombroso que me haya causado la lectura de un artículo re-

ciente del Sr. Laviano, quien afirma con sin igual frescura (¡agua va!) que «la actual civilización en lo que tiene de sano y permanente, es anticatólica». Si el articulista no tuviera de antiguo bien ganada la inmortalidad, este su último descubrimiento, que llenará de grande admiración á la culta Europa, bastara á conquistársela! Pues ¿y el discurso de Alonso Martínez en la apertura de tribunales? Justiniano y Paulo y Papiniano, multiplicados por Grocio y Puffendorf, mas Savigny y Boullenoix, diríase que habían colaborado con el ministro de la Gracia y de la Justicia. ¡Qué asombrosa y peregrina erudición hay en el tal discurso! ¡Qué soberana dialéctica! En lo que hace á primores de estilo, ni las agujas afiligranadas de la catedral de Burgos, pueblo natal del ministro..... Mentira parece que no sea á la hora actual Virrey de España ó Presidente de la *cosa pública* el autor de tan estupendo trabajo. Añade á lo escrito que Castelar se dispone á pronunciar un discurso en el Congreso con ocasión del Mensaje, y dime tú si no habrá suficiente con la *oración parlamentaria* (¡qué frasecilla!) del flamante republicano para conocer ya por muy alta manera el origen de todo lo conocido y lo que está por conocer, el progreso de las cosas, y como cifra y remate de todo, la marcha que ha de seguir en lo sucesivo la pobre humanidad. Porque excuso decirte que en el futuro discurso salen á relucir con estruendo imponderable, la teología y la botánica, la física y la cosmogonía, la metafísica y el derecho, la historia y la literatura, las cataratas del Niágara y los siete colores del arco iris, el Himalaya, los Andes y las llanuras de la Mancha, los Santos Padres de la Iglesia y los filósofos de la extrema izquierda hegeliana; la creación y lo increado, el tiempo y la eternidad, todas las estrellas del cielo, todas las aguas de los ríos, amén de las del mar; todas las flores y todas las perlas nacaradas..... en una palabra:

Cuanto puede hacinar la fantasía
En concebir delirios eminente.

Yo te enviaré el susodicho discurso apenas se publique, léele, apréndetelo de memoria, y aplasta (moralmente se entiende) al menguado que se atreva á poner en tela de juicio la superioridad de nuestro sabio sobre la de los pocos que en el mundo lo han

sido. ¡Bendita sea la tierra andaluza, donde nació nuestro héroe, y de donde nos han venido las *Peteneras*, el *Flamenco*, el *Jaleo de Jerez* y demás alegres danzas que nos hacen famosos allá en tierras extrañas. Dejemos en paz á este republicano con ribetes de absolutista, y borrajaremos otro párrafo sobre muy importante materia.

*
*
*

LAS NUEVAS COSTUMBRES.

Da verdaderamente pena el pensar que dentro de un siglo ya habremos muerto, ó hablando con el lenguaje al uso, habremos *cambiado de forma*, pues á esto se reduce, según los últimos inventos, el hecho de la muerte. Y digo que pensar esto aflige y descorazona, porque para entonces no van á quedar en pie ninguna de nuestras antiguas rancias preocupaciones. Hay que convenir, chico, en que nuestros antepasados lo hicieron muy mal; más aun, nosotros no lo hacemos tampoco ni medio bien: gracias á que ya flotan por la superficie terrena algunos, aunque pocos, más avisados, que arrojan la nueva semilla, merced á la cual será este planeta que habitamos un paraíso, y aquello del *valle de lágrimas* una frase sin sentido. La sociedad que formen nuestros nietos va á ser por extremo feliz y deleitosa. Y no digo nada de la que formen los hijos de nuestros nietos, pues aquellos de seguro que dan con la receta que les garantice la perpetuidad de la vida. Lo creo así, porque sobre este particular sería decir muy poco, si yo dijera que vamos en alas del progreso, no; en este punto, somos el *Progreso* mismo; y como este es infinito, saca tú la consecuencia. Ya nosotros los cortesanos hemos dado al traste con mil fruslerías á que vosotros todavía estáis apegados. En lo que hace á las cortesanas..... esto es ya miel sobre hojuelas. La organización de vuestras familias está aquí proscrita de todo en todo. ¿Cómo habian los porta-estandartes del Progreso, de conformarse con lo que á la mujer casada, por ejemplo, dijo San Pablo hace la friolera de diez y nueve siglos en su famosa Epístola? ¿No ha probado Pelletan que el mundo marcha? En vez de ense-

ñar á una niña los mandamientos de la Ley de Dios, ¿cuánto mejor es hacerla aprender los mandamientos de la humanidad, compuestos por Carlos Federico Krausse, que al fin es contemporáneo nuestro? Y los resultados de esta honda transformación, unos ya se tocan, y no pocos se vislumbran. Quizá las mujeres de por acá (hablo de las muy contadas que van abriendo los ojos á la luz) no sepan como las vuestras coser un botón ni freir un huevo, pero en cambio, y váyase lo uno por lo otro, te hablan con pasmosa facilidad de la cultura de los turdetanos y de los hiperbóreos; posible es que alguna que otra vez no estén recogidas en su propia casa, cuidando con el debido esmero del marido y de los hijos, pero las verás en la tribuna del Congreso, ó quién sabe si en las aulas de la Universidad; acaso no asistan á un sermón, pero de fijo que no faltan á tal cual *meeting* libre-cambista, porque todo lo que huele á libertad las enamora y enloquece; vuestras tertulias al amor de la lumbre, en las que no suele haber más de agradable que la sal de la murmuración, las tienen ellas como recurso accesorio, pues dan la preferencia, ora á las coplas, verdi-negras como la divisa de los toros de Miura, con que regalan el oído del espectador los actores que trabajan en teatrillos de segundo orden, ora á esta ó esotra *soirée* que se prolonga hasta rayar el alba, en cuyo último caso todavía tienen por de buen gusto las casadas que asisten á la fiesta, dar una vuelta, antes de salir á la calle, por la habitación de los niños que duermen tranquilos desde el anochecer, é imprimir un beso en sus frescos labios; finalmente, quizá no tengan mucha *fe*; pero *esperanza*..... ¡oh! en cuanto á *esperanza*..... ya se imaginan que en cuanto ellas sean *Médicas* y *Legisladoras* y *Abogadas*, desaparecerán como por encanto todos nuestros males; y por lo que hace á la *caridad*, no pueden presenciar una desgracia, sin que al punto traten de organizar un baile para remediarla. Y con tanto ingenio se las arreglan, que en llegando estos casos van derramando *caridad* á derecha y á izquierda, por todos lados. Prueba al canto. Terrible inundación asuela los campos de una determinada Provincia. Hay que aliviar tamaña desventura. Nada más natural que un rigodón nocturno, para bailar el cual se necesite el correspondiente billete, que ha de ser muy caro, por bien meditado acuerdo de las organizadoras de la fiesta. Pues..... acto

preparatorio..... la cosa se cae de su peso; encargar á Wort un lujoso vestido para estrenarlo la noche de la *soirée*. Por donde se ve, que sin quererlo y como por instinto, ya se pone en juego la caridad..... se protege á la industria, y ¡quién sabe si se saca de un apuro al sastre, que podía muy bien estar á la sazón nada harto de fondos!..... Luego resulta que se matan dos pájaros de un tiro, ó dígase, que se ejerce la caridad por activa y por pasiva.....

Vamos á cuentas: ¿qué te parecen estas novedades? ¿No reparas en que todavía estáis en mantillas, y que debisteis nacer vosotros los aldeanos, allá en la edad de piedra? ¿No te seduce tan portentoso cambio en la manera de ser y de vivir? Pues te advierto que por nada ni por nadie cejaremos nosotros en el camino emprendido. Tan excelente nos parece. Ya sabes de hoy más cómo debe ser la mujer, según los figurines de la última moda. Tú influirás como te plazca para que tu linda hermanita salga de entre vosotros, bien una gazmoña, que guste de oír la nota del órgano, de aspirar el aroma del incienso y de ver en los ángeles á sus amiguitos de la infancia, siendo discreta y fuerte con la fortaleza de la mujer del Evangelio, ó bien una dama *com'il faut*, que al frisar en los diez y siete discuta sobre la reforma arancelaria, baile como una peonza, estudie á Eugenio Sué y á Zola, sepa á maravilla, y casi de memoria, *El Judío Errante* y *Los Misterios de París*. Medita y resuelve. Aun confío, pues tú eres chico de talento, en que pronto entrarás por la senda del Progreso. *Progressus vincit, Progressus regnat, Progressus imperat*..... Da gozo verle desenvolverse majestuosamente, al través de tantos escollos como, merced á la ignorancia y fanatismo de los tiempos pasados, le detienen el paso. Pero él va derruyendo, una tras otra, todas las piedras del antiguo edificio social. Ya vive (nueva fase de las costumbres), no entre tinieblas, sino á la luz del día. Ha poco, comió y bebió en el Parque del Retiro, vistosamente arreado con su pintoresco mandil; porque como aquí no nos espantamos ya de nada, no había para qué ocultarse entre sombras, mucho menos tratándose de dar al estómago lo que por derecho le corresponde, y tratándose de una asociación tan benéfica, tan filantrópica y tan progresista como la que preside Sagasta, ó Romero Ortiz, y de la que forma parte según malas lenguas (es de-

cir, yo no puedo ni debo afirmar, en conciencia, que sean malas) alguien que está por cima de esos venerables hermanos. Pues como iba diciendo, se reunieron los masones, lo cual no tiene nada de particular, y almorzaron opíparamente, lo cual tampoco tiene nada de particular (no era día de ayuno el de la fiesta), y si alguien llegó á engullirse á *Chateaubriand* ó á *Pío IX*, entiéndase bien que la responsabilidad es toda del fondista, por haber bautizado con nombres tan gloriosos las viandas que para el masónico almuerzo dispusiera.

Para concluir, te ruego, primo mío, que dejes esa vida, que no es vida, y que te vengas á disfrutar con nosotros del mejor de los mundos posibles. Si te decides, y quieres dar un buen avance en esta venturosa senda del Progreso, deja ahí la vergüenza, que no sirve más que de estorbo.

¡Ah! se me olvidaba. En esta coronada villa escasea en absoluto esa fruta que diz fué muy abundosa en España, allá por los tiempos en que el Rey rabió; aludo á lo que llaman *grandes caracteres*.

Si por acaso conoces alguno, tráetelo á toda costa; y si tú no vienes, ó tardas en venir, factúralo al punto en gran velocidad, pues tirios y troyanos convienen en que necesitamos de toda necesidad un ejemplar siquiera de esa especie, perdida en nuestra escala zoológica.

Va siendo muy larga la presente carta, y dejo para otra el discurrir sobre ciertas materias de subido interés, que están sobre el tapete.

Adios, primo mio. Créeme tu mejor pariente.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

SONETO.

SOBERBIA.

Mira á Dios Lucifer, místicas galas
Ante su faz la eternidad despliega,
Y al punto cubre, pues la luz lo ciega,
Los ojos con la sombra de sus alas.
«Tú serás Dios, si en el poder le igualas»
Se dice, y fiero de su Dios reniega,
Y hasta el trono inmortal su audacia llega,
Y de horror tiemblan las celestes salas.
Hiérele el rayo, y rueda en el abismo,
Presa espantosa de dolor eterno,
Angel rebelde de execrable nombre;
Revuélvese feroz contra sí mismo,
Y removiendo el fuego del infierno,
Con él incendia el corazón del hombre.

JOSÉ SELGAS.

EN UN ÁLBUM.

SONETO.

¿He de cantar aquí tu faz hermosa
Y decir que la lumbre de tus ojos
La mira el alto sol puesto de hinojos,
Muerta de envidia en el pensil la rosa?

¿Cantaré el suave néctar que rebosa
En esos purpurinos labios rojos
Que se holgara en libar á sus antojos,
Desdeñando á otra flor, la mariposa?

¿Cantaré tu belleza soberana,
A la cual roban, su esplendor la aurora,
Su ampo la nieve, y su matiz la grana?.....

Canto lo que me alumbra y enamora,
Lo que no pasará cual sombra vana;
El talismán de tu virtud, Señora.

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Todavía no tenemos Congreso, legalmente dicho, pues la soberanía nacional convocada se encuentra aun en el período de incubación, como si dijéramos, en estado de *canutillo*. Parece mentira que á un Parlamento tan constitucional le cueste tanto trabajo constituirse. La revisión de los poderes otorgados por la tercera parte del voto público establecido, contando con los muertos, que para estos casos conservan sus derechos civiles más allá de la sepultura, y con muchos que, con el mismo fin, los obtienen antes de haber nacido, es tarea indispensable si ha de comprobarse á la faz del mundo la potencia creadora de la voluntad parlamentaria.

Nada, en efecto, demuestra más palpablemente el poder supremo de esa quinta esencia de la soberanía nacional, que el singular privilegio con que convierte en verdad la misma mentira. Por medio de la revisión de las actas se descubre el enmarañado lío de las elecciones, y de amaño aquí, falsificación allá, atropellos en una parte, soborno en otras, coacción en todas, resulta la realidad legal del Parlamento. Todo ha sido irregular, todo ha sido falso, hasta el momento en que la falsificación misma se declara á sí propia poder constituido y verdad inapelable. Rectificaré si no es esto lo que sucede.

Hay aquí algo de la divina inteligencia que sacó el mundo de la nada: del caos de las elecciones va á salir, mejor dicho, está naciendo, el Congreso que tenemos á la vista. Podría decirse que antes de acabar de ser, se complace en hacer patentes las monstruosidades de su origen, para que resalte más la maravilla de su legitimidad. Se ha dicho con bastante exactitud, que el examen de las actas es el proceso de las elecciones; mas téngase en cuenta que el tribunal es al mismo tiempo la parte interesada, y que por lo tanto, la absolución es inevitable. Hay quien pretende que la revisión de estos poderes se verifique en sesiones secretas, idea verdaderamente honesta, pero fatalmente tardía. Sea como quiera, de un cuerpo electoral muerto, tan muerto, que ha sido necesario buscar electores en los cementerios, ha salido un Congreso vivo. ¿Se puede dar mayor milagro?

Anticipándose á su futura suerte, como quien está en el secreto de su destino, antes de entrar en la plenitud de la vida, se ha anunciado al mundo con una serie de sesiones, que á mi juicio merecen los honores de la posteridad, para ejemplo perpetuo de soberanías nacionales. No es ciertamente una novedad el caso que se nos ofrece, pero es lo más perfecto del género, y en honor de la verdad, el resultado que más propiamente corresponde á la totalidad del cuadro que tenemos delante. A lo uno lo otro. Jamás se ha visto correspondencia más natural, ni igualdad más justa ante la ley inexorable de la lógica. El equilibrio de los poderes públicos es evidente; nada tienen que echarse en cara: tanto vale uno como otro.

No se crea que los tumultos parlamentarios que presenciamos y los pronunciamientos que estallan en el seno de la comisión de actas, conmueven al mundo; nada de eso, antes por el contrario, promueven la risa de los curiosos que asisten al espectáculo, como el transeunte que se detiene delante de una casa de vecindad, dentro de la que las inquilinas se tiran del moño. Son rencillas de familia, rivalidades caseras, envidias intestinas en que, unos á otros, se tiran los trastos á la cabeza. Si hay espíritus tétricos que arquean las cejas, anunciando la defunción moral del sistema parlamentario, conviene advertir, por respeto al regocijo público, que el duelo se despide á carcajada tendida. Cabalmente el día 10, fecha del más ameno de los disturbios parlamentarios, la bandera nacional se bamboleaba sobre los edificios oficiales, como si celebrara la escena que se ofrecía á la expectación del público curioso bajo las augustas bóvedas del templo de las leyes. Y ondeaba impaciente, roja y amarilla; amarilla tal vez de ira, roja acaso de vergüenza.

Por lo que á mí hace, sólo una simple curiosidad me mortifica; á saber. ¿De dónde ha sacado el Sr. Sagasta esa mayoría legislativa tan mal avenida consigo misma? Pues, por lo que yo tengo entendido, en las *logias* el orden se observa más fielmente y la sumisión es ciega. Si alguna consecuencia política puede deducirse de lo que estamos viendo, es que el Gobierno carece de influencia y de autoridad para contener el desbordamiento de personalidades y el semillero de rivalidades en que flota como los restos de un naufragio. ¿No tenía á su alcance otra soberanía nacional de qué proveerse?

La comisión de actas encargada de construir la Torre de Babel de la mayoría, ha llegado al período histórico de la confusión de lenguas: todos hablan, y ninguno se entiende. Incapaz de resolver por sí misma la tempestuosa dificultad que le presenta el acta de Purchena, suspende perentoriamente sus sesiones, y abdica, sometiéndose al arbitraje del Sr. Posada Herrera. ¿Se ha visto jamás una confesión de nulidad más manifiesta? Yo no la recuerdo. Pero la división es más honda de lo que parece, y no hay avenencia; han sido inútiles los esfuerzos reunidos del Sr. Sagasta y del Sr. Posada Herrera. Pero á la abdicación

de la comisión de actas ha seguido la abdicación del Gobierno; no sabiendo qué pensar de la elección de Purchena, ha declarado que es asunto libre; el diputado triunfante en Purchena se ha declarado á la vez derrotado en el Congreso, y hasta otra.

* *

Como los lectores de esta crónica habrán pasado los ojos por la contestación al discurso de la Corona, que se discute en el Senado, tengo por ocioso detenerme en dar de ese documento alguna idea, cuando en realidad no contiene idea ninguna. El segundo párrafo de la enmienda del Sr. Moreno Nieto, desechada por la mayoría, es aceptable, como lo son las principales ideas del discurso elocuente con que dicha enmienda fué sostenida; mas no es todo él admisible; hay consideraciones de carácter doctrinario que no se avienen bien con el objeto y fundamento del discurso. Hay que ser ó no ser: ó con la Iglesia ó contra la Iglesia. Tres y dos son cinco, y nunca serán seis, ni cuatro. No es posible estar bien con el oprimido y con el opresor. Hé ahí el escollo en que podía naufragar el discurso del Sr. Moreno Nieto, quizá el mejor de cuantos ha pronunciado.

En cuanto al doctrinarismo del Gobierno, ya se sabe que tiene un sabor revolucionario muy pronunciado. Si no ha llevado á los tribunales al Cardenal Moreno, por su protesta contra el sacrilegio consumado en Roma el 12 de Julio, ha sido por pura condescendencia, pues allí tiene á su disposición todo el regalismo trasnochado y cursi, que los gobiernos doctrinarios desempolvan para perseguir á la Iglesia y burlarse del sentimiento católico de los pueblos; pero en cambio se apresuró á conrarsiarse con el Rey Humberto. Eso sí, ha lamentado los *tristes acontecimientos* del 12 de Julio, ¿por qué dirán Vds.? Porque veía *que aquella inteligencia que creta establecida para siempre entre el Pontificado y la Italia no estaba completamente afirmada*. Sería verdaderamente ignorancia invencible en el ministro que ha pronunciado esas palabras, si cupiese la duda de que alguien creyera avenencia posible entre la víctima y el verdugo, entre la revolución impía y sacrilega de que es instrumento y cómplice el Gobierno de Italia y la Iglesia despojada y el Pontífice oprimido y ultrajado. De forma que esas palabras son sencillamente una burla, de malísimo gusto, arrojada sobre la verdad de los hechos y sobre la lealtad de los sentimientos católicos.

Es mil veces preferible la impiedad franca, el error ingenuo, á el descreimiento egoista, frío, hipócrita, pérfido que forma el fondo de la política dominante. Es preferible un Estado que se declara lealmente enemigo de la Iglesia católica, á estos Estados que negocian su precaria existencia, fingiendo á la vez cierto aparente respeto á la verdad

y cierta adhesión interesada al error. El escepticismo en los hombres de Estado es la anarquía en el Gobierno.

A estas horas se habla en la alta Cámara de la historia de la restauración y del golpe de Estado del 3 de Enero. ¡Santo Dios, qué historias!

* * *

El libro encarnado es la colección de documentos diplomáticos que han mediado entre el Gobierno español y el Gobierno de la república francesa con motivo de los sucesos de Saida, y los que á la vez se han cruzado entre la corte de Madrid y de Italia, á propósito del atropello salvaje cometido en Roma contra los restos mortales del venerable Pío IX, y á causa de la insigne protesta del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo. Lea el que tenga tiempo de sobra y paciencia para ello ese fárrago de notas y despachos telegráficos, que en resumen nada añaden ni nada quitan á lo que ya sabíamos, esto es: que nos hemos convenido con la república francesa por razones de equidad á recíprocos resarcimientos. El Gobierno de aquella república, por lo que hace á las víctimas de Saida, y el Gobierno de esta monarquía, por lo que hace á los perjuicios causados á súbditos franceses durante la guerra civil.

Ese es, en sustancia, el resultado total de tan famoso protocolo. Si no es en definitiva el triunfo de la diplomacia francesa, confesamos humildemente que no lo entendemos. Valiera más no haber intentado reclamación ninguna, porque al desastre no hubiéramos añadido el desdén con que se nos trata.

Ofrece, sin embargo, ese mamotreto encarnado una singularidad deplorable. Mientras nuestro ministro de Estado reclamaba con cierta energía la más justa de las reparaciones, nuestro embajador en París parecía un representante del Gobierno francés. El caso no lo ha discutido tanto el Marqués de la Vega Armijo con Mr. Saint-Hilaire, como con el Duque de Fernán-Núñez. Nos hemos lucido. Lo único que aquí está en su lugar es el color del libro, encarnado, que quiere decir avergonzado. La España oficial lo mismo se arrodilla delante del Rey Humberto, que dobla la cintura en presencia de la república francesa. Nuestro porvenir político no es dudoso: acabará por conquistarnos el Emperador de Marruecos. Ya nos han despreciado hasta los judíos.

Hay bastante analogía de situación en el estado interior de las cuatro naciones occidentales; minadas á la vez por el mismo espíritu revolucionario, presentan á los ojos de Europa el más triste espectáculo. Sin que Italia pueda envidiarla, Francia es la que ofrece el cuadro aca-

bado de la disolución social á que nos dirigimos. Allí todo se arrastra por el lodo, las pasiones más brutales, sin freno moral alguno que las contenga, se desbordan, y no hay jerarquía, virtud, influencia, ni padre que no se vea diariamente infamado. Los personajes que se agitan en la vida pública, se acusan mutuamente de traidores, estafadores, ladrones y bandidos: en las reuniones públicas se delata, se procesa y se condena; el poder público tiene pregonada la cabeza, está juzgado, y sólo falta que se le ejecute. Se predica el asesinato, se recomienda el regicidio; se proclama la prostitución de la mujer como un derecho, se establece que la propiedad es el robo, y en fin, se siente palpitar en el fondo de aquella sociedad política envilecida, las primeras agitacione de una conmoción popular, que será á la vez castigo, justicia é ignominia.

Gambetta va á ser el jefe del próximo ministerio, lo desea, y lo teme; ha negociado su popularidad, arrojando á la voracidad demagógica los últimos restos del orden social, y ahora le toca la vez de ser sacrificado. Idolo del momento, va á caer hecho pedazos ante el furor de la fiera por él mismo desencadenada. Ambicioso vulgar, digno oráculo de la tiranía de esa república, no le queda más recurso que aceptar un poder que ha de ser su patíbulo: el radicalismo lo odia, los conservadores lo desprecian, Grevy lo execra, y la Francia católica lo abomina. No obstante, será el jefe del futuro Gobierno, contra el que ya se preparan radicales y comunistas; su perdición es casi segura.

El ministerio Ferry se retira, dejando á Gambetta en fermentación toda la inmundicia revolucionaria. Y Gambetta no es tan ciego que no comprenda las dificultades de su situación, y tiene miedo al mismo poder que ambiciona.

*
*
*

En Italia la revolución reconcentra todas sus fuerzas contra el Papa; el hijo de Víctor Manuel no es para ella más que un simple instrumento; lo tolera como carcelero del Pontífice. Pero ha llegado el momento del gran conflicto para esa tristísima monarquía. León XIII no puede continuar en Roma bajo el supuesto protectorado de un Gobierno completamente nulo ante la audacia demagógica. La palabra real del Rey Humberto no ofrece realidad ninguna. En el orden natural de los acontecimientos, la salida del Jefe Supremo de la Iglesia católica fuera de la Ciudad Eterna es inevitable. El conflicto del Gobierno italiano ante esta inminente eventualidad, no es un conflicto de honor, es un conflicto de miedo. Teme, y con razón, que detrás del Sumo Pontífice saldrá de Italia la monarquía; para lo cual le bastará á la revolución quererlo, y es evidente que lo quiere.

Teme además la actitud que, en presencia de semejante suceso, adoptarían las potencias de Europa, en que los poderes públicos tie-

nen todavía imperio, voluntad é iniciativa. Para Austria puede ser la ocasión de una rebancha. Alemania, por razones fáciles de comprender, no había de dejar sola á su íntima aliada. Y en verdad que esas dos potencias solas se bastarían para acabar con el barullo revolucionario que oprime á las naciones occidentales de Europa. Mas no hay que formar sobre esta base cálculos risueños; el derecho ya no existe, la razón entra por muy poco en las cábalas diplomáticas, y el egoísmo y la conveniencia del momento forman la ley porque se rige el mundo moderno. Doscientos millones de católicos, esparcidos sobre la haz de la tierra, pueden ver burlada la legitimidad de sus deseos. Las naciones que consintieron el despojo del patrimonio de San Pedro, pueden ser también indiferentes al nuevo atropello.

Queda, no obstante, una cuestión. Fuera el Papa de la tiranía á que lo tiene sujeto el Gobierno de Italia, haciendo befa de solemnes tratados, ¿á dónde va el Jefe de la Iglesia católica, es decir, de la Iglesia universal? Ninguna de las naciones de Europa en que se agita la podrida raza latina, donde públicamente se permite escarnecer la Cruz, á que deben sus mayores glorias, encontraría la Santa Sede más libertad oficial que la que obtiene en Roma; porque, hay que decirlo francamente, la revolución moderna es esencialmente impía, y la impiedad, más ó menos hipócrita, impera lo mismo en Francia que en Italia, lo mismo en Portugal que en España. Los Gobiernos de las naciones, honradas por la historia con el nombre de católicas, no son católicos. Todo lo que presenciamos nos dice que, más ó menos descubiertamente, son enemigos de la Iglesia.

¿Qué hospedaje puede aceptar el Vicario de Jesucristo, desamparado de todos los poderes de la tierra, y arrojado de su propia casa por la más brutal de las tiranías? Por esa fuerza misteriosa que la razón lleva siempre, y que resulta al fin, á pesar de los artificiosos sofismas de los hombres, ahora más que nunca va á ser patente la necesidad, la justicia y la conveniencia del poder temporal del Pontificado. ¡Admirable coincidencia! Desde que el Papa se vió despojado de su reino temporal, no hay corona segura en la cabeza de ningún Príncipe de la tierra. Parece que fué la señal de los destronamientos, de los regicidios y de todas las catástrofes de que se ven perseguidos los poderes públicos del mundo, lo mismo en las monarquías que en las repúblicas.

J. SELGAS.